

ENIGMA EN SURAL

a. thorkent

CIENCIA FICCION



ENIGMA EN SURAL

a. thorkent

CIENCIA FICCION


eb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

330.— Esclavos de las mujeres - *Ray Lester*..

331.— La bomba máxima - *Glenn Parrish*.

332.— Señores de las estrellas – *A. Thorkent*.

333.— Sello mortal - *Glenn Parrish*.

334.— La nube cósmica – *Ralph Barby*.

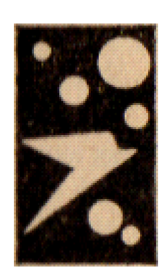
A. THORKENT

ENIGMA EN SURAL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 335

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 46.662 - 1976

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1977

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Desde la torre de mando alcanzaba a ver una gran extensión de paisaje, una gran extensión de terreno muerto, desolado.

A Bert Burton le hubiera gustado no haber tenido la escala técnica en aquel planeta. Sabía cómo se llamaba, y lo que había ocurrido allá, hacía dos años.

El mundo se llamaba Tenside.

Ahora debía llamarse mundo muerto.

Había tenido, sobre su superficie, antes llena de verdor, con infinidad de ríos limpios, que desembocaban en mares saturados de vida, hombres y mujeres, humanos que parecían vivir felices.

Hasta que...

Lo que causó aquello, quién ordenó que toda aquella belleza desapareciera, permanecía constantemente en el recuerdo de Bert.

Pero el culpable no pagó. Aunque se le abrió sumario, ni siquiera se llevó a cabo el juicio. Algo sucedió, y todo fue archivado, o quemado para que no quedase el menor rastro.

Bert había seguido, paso a paso, todo el sucio asunto. Cuando se enteró de que nada se le iba a exigir al culpable, sintió náuseas y a punto estuvo de presentar su dimisión. Se emborrachó y mandó al diablo todo cuanto le rodeaba. Luego durmió, y cuando despertó, se encontró con las órdenes de su nuevo destino. Le enviaban lejos, lo cual le agradó. Dejaba la burocracia, que llevaba soportando desde hacía mucho tiempo. Con gran placer, embarcó para aquel lugar

donde le enviaban. Si se quedaba allí, podría, algún día, encontrarse con aquel hombre. Mejor sería que no lo volviese a ver en toda su vida.

Durante cerca de dos años, estuvo en una lejana guarnición, saturándose de aburrimiento.

Consiguió olvidar Tenside y todo lo que arrastró.

Pero cuando, otra vez, le llegaron instrucciones, palideció, después de leerlas.

Afortunadamente, había pasado bastante tiempo, y reconsideró su opinión. Quiso convencerse a sí mismo de que había sido un tanto precipitado en sacar conclusiones, que tal vez Tenside no merecía tantas preocupaciones.

Pero, días más tarde, la nave que le conducía a su nuevo destino tuvo que efectuar un descenso forzado en Tenside para reparar ciertas averías, no muy importantes, pero que, viajando por el hiperespacio, podía transformarse en una situación grave.

El transporte aterrizó en el único campo estelar que existía en Tenside. Había sido construido apenas un año antes, cuando el Alto Mando pensó que debían disponer allí, de una pequeña base de aprovisionamiento.

El comandante de la nave dijo a Bert:

—Sólo estaremos aquí unas horas, capitán, pero, si lo desea, puede descansar mejor en la torre de mando, después de estirar un poco las piernas.

Bert tenía pocos deseos de abandonar la nave, de salir al exterior y ver con sus propios ojos el horror en que se había convertido el que fue bello planeta.

—Vamos a perder mucho tiempo —dijo fingiendo preocupación—. Me temo que no vamos a acudir a tiempo a la cita.

—Oh, no se inquiete. Estaremos mañana mismo, a la hora prevista, junto al UNEX 678. No tema, que el comandante no le tendrá que esperar.

De mala gana, Bert bajó de la nave. En la torre, los aburridos controladores le dieron café y galletas, permitiéndole subir hasta la

plataforma superior. Le dijeron que, desde allí, podría ver la puesta del sol, que en Teside era sobrecogedora. Un chico, mascando goma, le señaló un punto en el oscuro horizonte, indicándole:

—Dicen que en aquel punto estuvo la mayor ciudad de este planeta, señor. Como aquí hay poco dónde distraerse, un día fui a visitarla, con otros compañeros libres de servicio. Nos llevamos un chasco. No queda nada. Apenas unos muñones ennegrecidos, que debieron pertenecer a grandes edificios.

Bert se volvió lentamente hacia el joven, y le preguntó:

—¿Sabe lo que ocurrió aquí?

El chico se encogió de hombros.

—Apenas. Esto debió ser un mundo enemigo de la civilización, señor. Si les ocurrió lo que vemos ahora, será porque se lo merecían.

—Tampoco sabrá el nombre de quién ordenó la matanza, ¿no?

—La verdad es que nunca me he molestado en querer averiguarlo.

—Yo recuerdo bien el nombre. Ted Horn. Se llama comandante Ted Horn. Muchas voces se levantaron en los mundos del Orden Estelar y en toda la Galaxia, pero no se pudo probar que obró inconscientemente. Se le creyó todo. Horn dijo que este mundo era un peligro, y que obró correctamente al ordenar su destrucción.

El chico le miró, arrugando el ceño, tal vez intrigado por el tono seco de las palabras de aquel hombre, maduro, que sin embargo sólo lucia las insignias de capitán. Debió pensar que no llevaba una carrera muy brillante.

—Lo siento, señor —dijo—. Tengo que entrar de servicio dentro de unos minutos.

Bert le despidió con un movimiento de cabeza, y siguió mirando el paisaje.

Todo parecía haberse confabulado contra él para regresarle salvajemente dos años en el pasado. Recordó su esfuerzo por demostrar la culpabilidad de Ted Horn. Todo el trabajo, docenas de noches de vela, no sirvieron para nada. Incluso recibió ciertas recomendaciones. Era una amenaza velada.

Días después, apenas se confirmó que el proceso no se iniciaría, recibió la orden de trasladarse a aquella lejana guarnición, perdida en la Galaxia, en un planeta salvaje, sin vida. Algo peor que Tenside, si aquellos desiertos parajes no le estuvieran gritando constantemente el aniquilamiento de millones de seres.

Bert se preguntó qué debía haber pasado en el Alto Mando para que de nuevo fuera destinado a una Unidad Exploradora, corrientemente llamada UNEX. Cuando el lamentable hecho sucedido en Tenside, cuando él voluntariamente se ofreció para presentar las pruebas que un grupo de oficiales ansiosos de justicia estaban preparando, estaba a punto de ser nombrado comandante.

El ascenso fue congelado, olvidado. Durante casi dos años, permaneció en aquel punto lejano, amargado, y el ascenso no llegaba. Pero de todas formas, algo parecía haber cambiado. Le destinaban a una UNEX, lo que significaba cierto prestigio.

Bert debía estar contento por el nuevo destino. Pero cuando leyó la orden, sintió que la sangre se le helaba. Primero aquello, luego la escala en Tenside. ¿Por qué? ¿Acaso todo estaba planificado con una diabólica premeditación?

Se encogió de hombros. Debía pensar que todo se debía a una sorprendente coincidencia. Algo que sólo podía suceder en la proporción de una entre mil; pero que había sucedido.

El altavoz de la torre emitió su pitido anunciador, y la voz del locutor dijo:

—Capitán Bert Burton. Preséntese en su nave. La partida será dentro de diez minutos. Capitán Bert Burton...

Bert se apartó del cristal, saludó escuetamente a los técnicos controladores de la plataforma, y entró en el ascensor.

Exactamente diez minutos más tarde, el carguero despegaba de Tenside.

Y Bert se sintió mejor.

* * *

Al día siguiente, cuando llegaron al punto previsto, Bert vio, a través de la pantalla, la enorme mole esférica, metálica, brillando a la luz de las estrellas. Sobre un costado, en letras grandes y rojas, se leía: O.E. UNEX 678: Orden Estelar, Unidad Exploradora, y su número de serie.

Sobre su uniforme negro y plata, se puso el traje espacial. Dejó que le colocaran el casco transparente, y conectó el oxígeno. Un soldado le entregó su pequeño maletín, que contenía las escasas e imprescindibles pertenencias.

El jefe del carguero le acompañó hasta el tubo comunicador que acababa de ser conectado. Dentro había aire, pero las normas de seguridad exigían que el hombre que lo utilizase llevase puesta la escafandra de vacío.

Bert saludó al jefe, estrechándole la mano con la suya, enguantada. Comenzó a caminar por el tubo. En el otro extremo observó a dos tripulantes de UNEX, que le aguardaban. También vestían trajes espaciales. Uno de ellos tomó su maleta y el otro, un sargento, dijo:

—Bienvenido a bordo, señor.

La compuerta se cerró, y se escuchó el ruido del tubo al ser plegado. Se despojaron de los trajes, esperaron que la luz verde se encendiese, y salieron al pasillo.

Allí le esperaba un capitán, que sonrió al verle, dándole de nuevo la bienvenida.

—Soy el capitán Oklan. Ambos compartiremos el mismo camarote.

—¿Vamos estrechos? —preguntó Bert. Quería comportarse jovialmente.

— A tope. Llevamos una dotación extra de desembarco. Los oficiales hemos tenido que acomodarnos de dos en dos. Lamento que no hayan enviado a un oficial femenino, la verdad. Espero que lo comprendas.

—Yo también siento que mi compañero no sea también una bella chica —sonrió Bert.

—Son pocos los miembros femeninos que llevamos, y apenas cuatro de ellos son oficiales —hizo sonar la lengua en gesto de pesar—. Y se entienden bien entre ellas. Por el momento, nadie ha conseguido ser compañero de alguna. Pero no pierdas la esperanza. Llevan poco tiempo a bordo, y el viaje será muy largo.

Caminaban por el corredor, hasta abordar un ascensor.

—Estoy ansioso por conocer nuestro destino —dijo Bert.

—¿Cuál fue tu último empleo? Bert se lo dijo, y Oklan silbó.

—Nunca escuché a nadie hablar de ese sitio. Pero no te preocupes. El comandante te dirá hacia dónde nos dirigimos. Yo lo sé, por supuesto, pero estoy seguro de que él se sentirá complacido diciéndotelo. Ahora te llevaré ante su presencia. Tenemos orden de ponernos en ruta, apenas llegaras tú.

—¿Qué le ocurrió a mi antecesor?

—Me alegro que me lo preguntes porque así me evitarás tener que darte un consejo. El otro capitán se atrevió a discutir una decisión del comandante. Lo desembarcamos hace dos semanas, en el primer puesto que tuvimos a mano. Me temo que el pobre no lo va a pasar muy bien. No era mal tipo.

Bert asintió. Descubrió que Oklan le miraba demasiado. Tal vez debía estar preguntándose cómo aún llevaba en sus hombreras el grado de capitán.

—Cuando se llega a un sitio donde no se tiene ningún amigo, lo primero y más sensato que debe uno hacer es ganárselo.

Mientras salían del ascensor, Bert se dijo que la misión encomendada al UNEX 678 debía ser importante, lo bastante para que en una nave de enormes proporciones como aquélla, existieran problemas de alojamiento. La dotación normal tenía que haber sido duplicada, al menos.

Se trasladaron, por medio de varias cintas rodantes, ante la puerta cerrada, vigilada por un guardia. El signo de mando supremo en la nave, campeaba al lado.

—Bien, aquí te dejo —dijo Oklan, señalando la cerrada puerta—. Cuando salgas, un ordenanza te conducirá a mi camarote. Mi cama es la de la derecha, no lo olvides. Nos veremos a la hora de comer. Tengo servicio dentro de unos minutos, en el puente de mando.

Bert estrechó la mano del capitán. Le vio alejarse con pasos rápidos por el alfombrado corredor, hasta desaparecer en el interior de uno de los ascensores.

Entonces, después de tragar saliva y asegurarse de que su uniforme estaba correcto, apretó el llamador.

La puerta se le abrió. Al otro lado había una mujer que lucía los galones de sargento. Era joven y bastante bonita. También debía ser inteligente, pues en seguida preguntó:

—¿El capitán Burton? Pase. El comandante le recibirá en seguida.

Le introdujo en una antesala. Los sillones eran cómodos, y la sargento le rogó que esperase.

—El comandante está dando instrucciones para la salida. Creo que ahora nos estamos enterando, la mayoría, hacia dónde vamos.

Bert se abstuvo de preguntar cuál iba a ser el destino. Con sólo esperar unos minutos más lo sabría, aunque se dijo que aquello no era lo que más importaba ahora.

Encendió un cigarrillo y frunció el ceño cuando vio que su mano temblaba ligeramente. De soslayo miró a al sargento, que se había vuelto a sentar detrás de su mesa de despacho, y parecía abstraída, repasando unos informes.

Cuando una luz intermitente se encendió en el comunicador de la mujer, ésta se incorporó y dijo al capitán:

—Estamos ya viajando, señor. El comandante desea verle.

Burton aplastó el cigarrillo en el cenicero, y se retiró la corta chaquetilla negra con adornos de plata. Bajó la mirada para asegurarse de que sus botas seguían brillantes. Con la gorra bajo el brazo, se dirigió hacia la puerta que la sargento le estaba indicando.

Penetró en el despacho del comandante, situándose ante la larga mesa de brillante piedra pulida. Hizo sonar secamente los tacones al saludo, y esperó en posición de firmes que el hombre, vuelto de espalda a él, y que miraba un visor lleno de gráficos, se decidiese a mirarle.

El sillón del comandante giró, y un rostro delgado y largo, coronado por una cabellera pelirroja, se quedó frente a él. Los ojos pequeños y negros, penetrantes, le estudiaron durante unos instantes.

—Celebro que se encuentre a bordo, capitán, acabamos de partir.

—Lo he supuesto, señor —dijo Bert—. Había tragado saliva, y

confiaba que sus palabras no delataran su excitado estado de ánimo.

—¿Siente curiosidad por saber hacia dónde vamos?

—Creo que debería saberlo, si sus órdenes le permiten comunicar este dato a la oficialidad.

El comandante echó un vistazo sobre unos papeles que descansaban sobre la mesa.

—Robert Burton, capitán. Destinado últimamente a la guarnición observativa de Anitux IV. Anteriormente estuvo en el Departamento Jurídico del Alto Mando en la Tierra, adonde llegó después de cuatro años en las Unidades Exploradoras, durante los cuales ascendió a capitán y fue puesto en un primer lugar para el siguiente ascenso… —el comandante alzó la mirada, y sus ojos aún se empequeñecieron más —. Ascenso que, al parecer se ha dilatado bastante.

—Así es, señor.

—No me interesa conocer los motivos que le han impedido llegar a jefe, capitán. Ahora está en mi nave, y confío que sea más prudente y eficaz que su antecesor. Solicité un capitán, sin molestarme en exigir determinadas cualidades. Tenía prisa por partir porque tenga una misión importante que cumplir. Confío que los computadores hayan elegido bien.

Bert no respondió. Siguió en posición de firmes.

—Puede retirarse, capitán. Afuera le espera un ordenanza, que le conducirá a su camarote. Creo que ya conoce a su compañero, pues le ordené que fuera a recibirle. Ah, nuestro destino es el sistema planetario Droban. Llegaremos allí dentro de siete días.

El capitán dio un taconazo, y, dando media vuelta, salió del despacho.

Fuera, mientras cerraba la puerta lentamente, intentó que el aire llenara sus pulmones. Se sentía mal. Sus ojos se posaron sobre la placa de la puerta en la que campeaba el nombre:

Comandante T. Horn.

CAPÍTULO II

Las mujeres oficiales a bordo no eran terribles como Oklan se las había descrito. Dos de ellas eran tenientes y las otras dos, capitanes. Eran jóvenes y agradables. Acogieron la presencia de Bert con amabilidad. Los dos primeros días le invitaron a su mesa en el comedor. Oklan les hizo compañía, y amenizó las sobremesas con sus ocurrencias:

—¿Qué te ha parecido el comandante, Bert?

La pregunta, inesperada, la había formulado Susan Taylor, una hermosa chica de cabellos rubios. Bert reaccionó sonriendo.

—Aún no he tenido tiempo de enjuiciarlo; pero creo que ése no será mi trabajo. Además, supongo que vosotros le conoceréis mejor, puesto que lleváis bastante tiempo en esta Unidad.

—No lo creas, amigo —dijo una de las capitanes—. Una nunca llega a comprender a ese témpano. Pero te aseguro que no te faltarán emociones en este viaje. ¿Has estado alguna vez en un mundo olvidado?

Bert negó con la cabeza.

—Ya apenas se localiza alguno —dijo Oklan—. Pero creo que ese sistema planetario tiene dos mundos con vida humana. Se sabe muy poco de ellos. El escaso informe que se dispone lo guarda muy celosamente el comandante. Ni siquiera su lugarteniente, el capitán Jerome, ha tenido acceso a ellos.

Bert se disculpó y se marchó. Repentinamente, había recordado que quería inspeccionar el puente de mando.

Quizá por consideración, desde su llegada, no había tenido ninguna guardia. El día antes le fueron mostradas por Oklan las dependencias más importantes, que debía conocer de la nave. En realidad, Bert no lo necesitaba. Una Unidad Exploradora era igual a otra. Pero el puente de mando era algo distinto. Debía estudiarlo profundamente, conocerlo como si de la palma de su mano se tratase.

Se identificó ante el soldado que montaba guardia ante la entrada del puente. Tenía que hacerlo porque no lucía la escarapela que usaban los que tenían servicio en el puente.

Se detuvo ante el palco, mirando las instalaciones que se extendían

debajo de él.

Calculó que allí debía haber más de treinta personas, entre hombres y mujeres. Alzó la mirada, y descubrió al oficial en jefe de servicio, sobre su alto estrado, rodeado de la semicircular mesa. La otra silla vacía que había a su lado estaba reservada para el comandante.

Escuchó el carraspeo a su izquierda, y se volvió, enfrentándose con el juvenil rostro de un muchacho que no debería contar con más de dieciocho años. En la manga tenía el galón de cabo.

—Señor, ¿puedo servirle en algo? Soy el encargado de recepción.

Lo que equivalía a relaciones públicas para los visitantes, se dijo Bert.

—Acabo de llegar, cabo —dijo, tratando de infundir amabilidad a sus palabras—. Deseaba conocer todo esto. Aún no se me ha asignado ningún destino a bordo.

—Ya. Usted es el capitán que recogimos en el espacio, hace dos días. Celebro conocerle, señor.

—Igualmente. ¿Cómo se llama, cabo?

—Lester, señor. Este es mi primer viaje. Embarqué una semana antes que usted, junto con quinientos soldados más.

—¿De dónde eres?

—Nací en la Tierra —replicó orgullosamente Lester. Entonces Bert se fijó en la insignia que el cabo llevaba prendida en el hombro. Era un cadete. Al año siguiente volvería a la academia, donde permanecería cuatro años para conseguir el triángulo de teniente.

—Eres muy joven —comentó Bert.

—Tengo diecinueve años… Bueno, los tendré dentro de tres meses.

Bert recordó, con nostalgia, que él tenía veinte cuando entró en la academia. Entonces era un prometedor joven, con una brillante carrera por delante. Había obtenido las mejores notas, y vistió con desbordante alegría su uniforme negro y plata. En su mente bullían aún las gestas del Orden Estelar, los héroes cuyos nombres estaban grabados en oro junto a la entrada del edificio del Alto Mando.

Luego, fueron pasando los años, y el entusiasmo, disminuyendo.

Bert pensó que era amargo perder las ilusiones cuando aquéllas eran tan grandes.

—En mis tiempos, no obligaban a los cadetes a pasar un año en las Unidades, antes de entrar en la academia —suspiró—. Pero los tiempos cambian rápidamente. ¿Sabías que vamos a investigar en un planeta olvidado?

—Sí, señor. Estoy muy contento con ello.

—Puedes estarlo. Es algo que ya raramente ocurre hoy en día. Recuerdo que, hace unas décadas, cada Unidad reporta el descubrimiento de uno de esos mundos olvidados desde el hundimiento del Imperio. A cada instante se inscribía un nuevo mundo en la lista de los integrantes del Orden. Eran bellos tiempos.

—Ahora tendremos la oportunidad de repetir esa gesta, señor.

Bert le miró fijamente, respondiendo:

—Sí, es posible. A Bert le intrigaba la indiferencia con que Ted Horn le trataba. El comandante no se comportaba con él con amabilidad, pero tampoco podía decir que con desdén. Aquella forma fría de dirigirse a sus subordinados era algo que parecía dedicar a todos por igual, sin distinción alguna de rango o antigüedad.

Estaba seguro de que Horn le había visto más de una vez en el Alto Mando, en los días que se discutía si el comandante iba a ser aquel grupo de oficiales románticos que confiaban en que la justicia terminaría castigando al presunto culpable.

Sin embargo, Horn no delataba, en ninguno de sus gestos, que le recordase.

Burton empezó a sentirse confuso. Si el comandante le había olvidado, debía congratularse por ello, ya que se evitaría problemas.

Un día, faltando apenas unas horas para que el UNEX saliese del hiperespacio, Oklan le preguntó si podía responderle a algo que tenía en la mente, desde el día siguiente que embarcó.

Burton replicó que sí, aunque se puso en guardia inmediatamente.

—Amigo, a ti te ocurre algo —dijo Oklan—. Y me parece que eso está relacionado con el comandante.

—No te entiendo…

—El comandante ha enviado despachos a la Tierra por medio de la comunicación instantánea. Los mensajes los despachó en clave primera, lo que significa que ni si quiera el técnico en comunicación sabía lo que contenían.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Es que se llevó varias horas estudiando tu historial, Bert. La secretaria me confío que se puso muy alterado cuando se lo devolvió. Y enseguida envió esos mensajes cifrados.

Bert desvió la mirada.

—¿Llegó la respuesta? —preguntó.

—Todavía no. ¿Puedes confiarle tu secreto a un amigo?

—No hay tal secreto —sonrió Bert—. ¿Puede un amigoo seguir siéndolo, aunque le decepcione haciéndole creer que no confió en él?

—¡Oh, por supuesto! Sólo quería saber si podía ayudarte en algo. No quisiera que te pasara lo mismo que a tu antecesor.

—No te inquietes por mí, pero te agradezco tu intento de ayuda.

—De todas formas, sigo creyendo que tú conocías al comandante antes de venir aquí, y que vuestras relaciones no debieron ser muy cordiales.

—Existen miles de comandantes en el Orden. Es difícil volver a coincidir con uno, al cabo de los años, ¿no te parece?

—Es posible. Insisto: cuando quieras, tienes en mí un amigo. Ahora sí puedo confiarte que Horn es un canalla. —Oklan terminó la frase, muy serio.

Bert le vio alejarse. Se encogió de hombros, y terminó de vestirse. Salió del camarote. Era su primera guardia en el puente y justo cuando iban a entrar en contacto con el objetivo: Droban.

Era el oficial de servicio durante aquel período. El comandante Horn estaba sentado a su lado, con las manos cruzadas sobre el pecho, luciendo su uniforme más nuevo y la mirada fija en las grandes pantallas visoras que mostraban distintas partes del espacio estelar que les rodeaba. La principal de ella ofrecía la visión aumentada del

tercer planeta del sistema de Droban.

Bert Burton consultó el tiempo. Los informes debían estar listos. Por el micrófono, los solicitó. La voz átona del analizador llegó tenue hasta el estrado. Horn ni siquiera parpadeó cuando la escuchó. Sin embargo, Bert sintió un ligero nerviosismo, al oír los datos acerca de Droban III.

—Droban III, masa 0'9. Gravedad. 0'95. Atmósfera tipo Tierra, ligeramente superior en argón y neón. Día de veintitrés horas, once minutos y ocho segundos. Situación del sol a ciento veinte millones de kilómetros; Eje inclinado en 11°. Albedo, 0'5...

El analizador siguió emitiendo los datos. Aquel planeta podía ser un hermano gemelo de la Tierra. Cuando terminó con éste, y se dedicó a Droban IV, Burton ya sabía que los otros tres planetas del sistema carecían de importancia. Droban I y II estaban tan próximos a la estrella que eran simples bolas achicharradas. El quinto planeta estaba demasiado lejos, a más de ocho mil millones, sumido en la oscuridad y el frío espacial.

—…Ausencia total de vida en su superficie. Restos de civilización, cuya desaparición, al parecer, ha sido motivada por elementos no naturales. Existen claros indicios de radioactividad. Restos de numerosas explosiones nucleares.

Bert arrugó el ceño. ¿Qué significaba aquello? Miró de reojo al comandante. Seguía sin mover un solo músculo de su estático rostro. Parecía como si la información ya la conociera.

—...Estamos a diez millones de kilómetros de Droban III. Se reciben señales de que hemos sido descubiertos por sus habitantes. Hasta el momento, carecemos de intentos de comunicación.

Droban III mantenía vida en su superficie, y, por lo que anunciaba el analizador, todo conducía a suponer que éste disfrutaba de un positivo estado de civilización. Indudablemente, el Alto Mando había enviado allí al UNEX 678 para ponerse en contacto con un supuesto mundo olvidado. Los datos que promovieron la orden eran suficientes y exactos. Pero Droban IV, con su alto índice de radiactividad, su ausencia de vida... ¿Qué había ocurrido en él?

—Capitán Burton, ordene una aproximación lenta hacia Droban III. Disponga situación amarilla para todas las unidades de la nave —dijo Horn, sin apartar la vista del planeta reflejado en la pantalla.

Mientras Burton ejecutaba las órdenes, pensaba que aquél era un

hermoso planeta. Disponía de grandes océanos y verdes continentes, además de infinidad de islas. Se dijo que le gustaría descender pronto en él y recorrerlo.

La Unidad se puso en marcha. Había estado decelerando desde hacía diez horas, cuando surgió del hiperespacio. La velocidad actual les situaría a unos trescientos mil kilómetros de Droban III, en poco más de cien minutos.

Una vez que estuviesen allí, forzosamente tendrían que recibir alguna especie de comunicación desde el planeta. O tal vez fuesen rodeados por una flota entera de naves de guerra. Incluso podían estar, en aquellos instantes, apuntados por centenares de mísiles.

Bert no se intranquilizó ante la perspectiva de ser agredidos sin previo aviso. La UNEX no sólo era un instrumento de paz, para lo cual había sido concebida, sino también una formidable máquina de guerra, de gran autonomía y poder ofensivo y defensivo.

—¿No siente curiosidad por saber qué clase de gente habita en ese planeta, capitán? —inquirió súbitamente Horn.

—Reconozco que si, señor.

—Es un viejo mundo olvidado. En realidad nunca olvidó que perteneció al Imperio. Hace muchísimo tiempo, cuando se creó el Orden, y las primitivas unidades exploradoras comenzaron su trabajo, una de ellas llegó a Droban. Se negaron a integrarse en el Orden —él comandante hizo una mueca de desagrado .

—Estaban en su derecho, señor.

Horn le dirigió una larga y escrutadora mirada.

—Tal vez —admitió—. Por más de cien años Droban permaneció en el archivo del Alto Mando, olvidado. Los mandos de aquella época poseían una estricta ética, al parecer. Pero, por suerte, las cosas han cambiado. Los drobanitas nos han dado motivos para intervenir.

—¿Qué motivos, señor? —preguntó Bert, intrigado y en guardia a la vez.

—Agresión.

—¿Acaso han realizado incursiones a los mundos del Orden o a otros ajenos a nosotros?

Horn manipuló unos mandos de su panel, un duplicado del que Bert tenía delante. La pantalla que mostraba a Droban III parpadeó, y en su lugar apareció el cuarto planeta, con su superficie desolada. Pese a su actual aspecto, Burton se imaginó que nunca debió tener la belleza de Droban III.

—Ahí fue la agresión —dijo Horn.

—Reconozco que no entiendo nada, señor.

—Es muy sencillo —dijo Horn, mostrando una ligera alteración en su voz—. Droban III atacó y destruyó a Droban IV. Empleó misiles nucleares, acabó con toda la población inocente.

Burton sintió la garganta seca. Estaba empezando a comprender que aquélla no era una sencilla misión exploradora. Por el contrario, todo tenía las trazas de ser un cometido, cuyo fin era ejecutar una acción punitiva. Pero ¿por qué?

—¿No son consideradas las guerras entre mundos olvidados como algo local, señor?

—No es éste el caso, capitán. Droban IV era llamado Kanta por sus colonos, pertenecientes a un planeta integrado en el Orden.

—¿No dijo usted que los drobanitas rechazaron la integración en el Orden, hace cerca de cien años?

—Eso dije, sí. Pero hace unos cinco años Droban IV fue colonizado por gente procedente un planeta nuestro. Los drobanitas nunca se habían ocupado del cuarto planeta; al parecer, tenían bastante con el suyo. Según las viejas Leyes Espaciales, nosotros podíamos colonizarlo, al no estar poblado. Los drobanitas se sintieron molestos. A principio, ante la presencia de nuestras fuerzas, disimularon. Observaron una actitud pacifica, pero cuando nuestras unidades armadas se retiraron, y la colonia empezó a prosperar en tan corto espacio de tiempo, atacaron. Los desgraciados colonos no tenían otras armas que sus herramientas de trabajo. Fueron salvajemente bombardeados. Droban IV o Kanta no podrá ser habitado hasta que no transcurran mil años, y los culpables son los drobanitas. Deben pagar por su crimen.

—Entonces, esta misión no es simplemente observativa, sino guerrera —musitó Burton—. Ahora comprendo por qué la nave tiene una sobrecarga de efectivos.

—Así es —dijo altivamente Horn—. Nosotros vamos a exigir justicia a

los gobernantes drobanitas. Tienen que pagar, capitán. Y el cargo es grave. Fueron muchos miles de colonos muertos.

Bert permaneció en silencio.

—¿En qué piensa, capitán?

—En alguien, comandante. En un muchacho que estaba entusiasmado con los viejos relatos del Orden, cuando las naves llegaban a un mundo olvidado, y eran recibidas con entusiasmo.

—¿Bromea?

—Nunca hablé tan serio.

CAPÍTULO III

—Una nave se aproxima —anunció la metálica voz del detector electrónico.

—Datos —dijo Barton.

—Identificación negativa. Indicios de armamento. Velocidad, diez mil kilómetros por segundo. Aproximación mínima dentro de diez minutos. Está decelerando.

—No han querido comunicarse por radio —dijo Horn—. Saben a lo que hemos venido, y tratan de agredirnos.

—Tal vez no consigan identificar nuestros circuitos, señor —protestó Burton.

—Señal roja, capitán.

Burton apretó mecánicamente el botón que ponía en orden de combate a la nave.

La sirena aulló. A los pocos segundos, fueron recibiendo los comunicados de los distintos departamentos. El UNEX se había convertido en una máquina de destrucción.

—Escudo defensivo preparado —dijo Hom. Mientras Burton disponía los mandos para cubrir la nave con coraza energética, miró de soslayo al comandante. Le vio sonreír levemente, como gozando de la situación.

Pensó que si la nave que se aproximaba se identificaba, y anunciaba su deseo de parlamentar, Horn perdería la minúscula alegría mórbida que alegraba ligeramenre sus facciones de piedra.

—Busquen por todas las ondas, si la nave desconocida está intentando ponerse en contacto con nosotros —elijo el capitán.

En seguida el rostro de Horn giró hacia él.

—¿Acaso le he dado esa orden, capitán?

—No, señor. Pero he pensado que debía darla. Sólo sigo las instrucciones normales para casos como éste.

—Parece recordar bien la enseñanza recibida en la Academia, capitán. Siga así; no las olvide.

Transcurrieron tres minutos, que a Burton le parecieron una eternidad. Sabía que siete minutos más tarde, el comandante podría ordenar que el UNEX disparase sus múltiples elementos ofensivos.

Repentinamente, el puente de mando se llenó de una serie de chirridos metálicos. El volumen disminuyó, y a continuación se escucho una voz lejana, distorsionada:

—... Identificación. La nave de reconocimiento de Sural, exigiendo identificación a objeto desconocido. Repetimos. La nave de reconocimiento…

—Han localizado la frecuencia de la nave, señor —anunció Burton, sin poder ocultar su alegría.

—Yo tomaré la comunicación —el comandante pulsó un botón. En el puente sólo se escuchaba el suave rumor de los aparatos. Cada hombre estaba sentado ante su puesto, ajeno a los controles y respirando en silencio—. Habla el comandante en jefe de la Unidad Exploradora 678, del Orden Estelar. Este es un aviso. Repito: Este es un aviso a la nave llamada Sural, o lo que sea. Comunique si han recibido mis palabras.

Después de un breve instante, la voz respondió.

—Esta nave no se llama Sural, sino que pertenece a la República de Sural, del continente Central del planeta Droban.

—Está bien. Recibida la rectificación. Pero ahora escuchen atentamente. El Orden Estelar me envía a ponerme en contacto con ustedes, los habitantes de Droban III. Confío que recordarán lo que represento al decirles que soy un enviado del Orden Estelar.

—Ordeno desviar mi ruta para evitar enfrentamiento con su nave, comandante. Tengo que solicitar instrucciones de mis superiores Mientras tanto, detenga la aproximación de su nave al planeta, escoja una órbita y deme los datos.

Burton observó como los puños de Horn se cerraban.

—¿Están en comunicación con su base, nave de Sural? —preguntó el comandante.

El capitán miraba como Horn movía el dispositivo por el cual, a partir de aquel momento, sólo su panel podía gobernar el UNEX.

Burton quedaba como un simple espectador de los acontecimientos.

—No, comandante. Ignoramos la causa, pero, desde hace unos minutos nuestra comunicación con el planeta se ha roto.

Burton sabía que era la Unidad quien producía las interferencias. Se movió, inquieto, en su asiento.

Horn sonreía. Cerró la comunicación con la nave suralita. Horrorizado, vio cómo levantaba la placa que ocultaba el panel lleno de botones rojos. Desde que se implantó la situación roja, todos los dispositivos ofensivos de la UNEX estaban siguiendo la trayectoria de la nave suralita.

Lentamente, el comandante hundió uno de los botones. Al instante, de la esfera partió un misil.

Horn volvío a conectar con la nave de Sural.

—Vamos a elegir una órbita y esperaremos sus instrucciones, señor —dijo suavemente.

—Gracias, comandante. Celebro que esta nueva llegada de las naves del Orden sea en son de paz. ¡Comandante!

—¿Sí?

—¡Me comunican que un proyectil se dirige hacia nosotros!

—¿Acaso no puede eludirlo?

—¡Es usted un maldito cerdo y…!

La voz cesó.

La pantalla frontal había estado ofreciendo, desde el disparo del misil, la imagen de la nave suralita. Pero Burton apenas tuvo unos segundos para verla. No pudo distinguir apenas sus formas. No debía ser muy grande. Algo brillante se acercó a ella, a velocidad superior a los cincuenta mil kilómetros por segundo. Al entrar en contacto el diminuto punto de luz con la nave, ambos tornaron una llamarada intensa, verde y azul.

Burton presenció la destrucción de la nave suralita, con un áspero nudo en la garganta. La explosión no duró más que un parpadeo. Después, no quedó ningún rastro.

—Sabemos que esos suralitas no poseen grandes medios de combate.

La palidez de Burton se había tornado en encendido rojo, que cubrió su rostro. Las tranquilas palabras de Horn le estaban impulsando a levantarse de la silla, a gritar. Pero ¿qué podía gritar?

—Nos seguiremos acercando al planeta. Ahora que conocemos la frecuencia que emplean, enviaremos un mensaje a la superficie —siguió diciendo Horn, imperturbable—. Lamentaremos lo sucedido…

—Señor…

—Dígame, capitán.

—¿Era preciso?

—¿Destruir esa nave? —Horn se pasó la mano por la mejilla izquierda, como si lo pensara profundamente—. Como arte militar, sí. Ahora sabemos que apenas disponen de modelos para eludir uno de nuestros más sencillos proyectiles. Eso nos ofrecerá una gran ventaja para dar, con seguridad, los siguientes pasos hasta alcanzar el éxito de nuestra misión.

—¿Cuál es el objetivo? Horn le miró, extrañado.

—Creí que lo había adivinado, capitán. Por supuesto, la capitulación de Droban.

El comandante retornó a Burton el mando de la nave. Se incorporó de su sillón, y dijo que le mantuviera informado, si sucedía algo anormal. Luego, bajó del estrado.

Burton necesitó un largo rato para decidirse a decir:

—Rumbo lento a Droban III. Detención total a cuarenta mil kilómetros de la superficie. Seguimos en posición roja. Que los servicios de escucha permanezcan atentos. En breve, enviaremos un mensaje en todas las longitudes de onda, según la frecuencia ya descubierta. Que el escudo energético esté dispuesto a entrar en actividad en cualquier momento, y los sistemas de detención permanezcan atentos.

* * *

—Te estuve observando, y sé que has pasado un mal rato, allá en el puente de mando —le dijo Oklan.

Burton estaba tumbado en su cama, con la mirada clavada en el techo. Apagó el cigarrillo y miró a su amigo.

—¿Qué sentiste tú? —le espetó.

—Náuseas.

—Pero no extrañeza. ¿Cuánto tiempo llevas con el comandante Horn?

—Cinco años.

—Eso significa que ya estabas con él, cuando lo de Tenside.

—Sí.

Después de un molesto silencio, Burton dijo:

—Yo fui uno de sus acusadores.

—Me lo imaginaba. Tenía que haber sido algo parecido. Todos hemos podido leer, en tus miradas, que odias profundamente al comandante.

—Ya no me importa reconocerlo. Así es. Pero tú estabas en el puente como observador, al igual que otros capitanes de servicio. Os veía a todos. Ninguno movió un músculo cuando el proyectil partió de

nuestra nave. Has podido sentir náuseas, como dices; pero no extrañeza. La reacción del comandante, tal vez, era esperada por todos.

—Tienes razón, Bert.

Oklan se sentó en su cama, frente a Burton.

—He intentado solicitar varias veces un nuevo destino, pero nunca encontré un motivo justificado. Tu antecesor no pudo aguardar más, y cometió un error. Creo que ahora lo estará pasando mal, en cualquier destino donde le amargarán la existencia.

Burton se incorporó de la cama.

—¿Qué le ocurre a Horn? ¿Qué pasa en esta nave?

—Mejor pregunta: ¿Qué es esta nave?

Burton le pidió, con la mirada, que se explicara.

—Nadie lo sabe concretamente. Yo, al igual que todos los oficiales, estaba cuando lo de Tenside. Fue horrible, muchacho. Pero cuando sucedió, nadie creía que aquel planeta estaba habitado. Nos enteramos después, cuando alguien, en la Tierra, movió el asunto y el comandante fue llamado allí. Todos creímos que iba a ser juzgado y condenado. Horn se mantenía siempre muy tranquilo. Algo debió suceder, alguna orden emanó de las altas esferas, y el inminente juicio se suspendió. ¿Qué hiciste tú?

—Los juristas solicitaron mi ayuda para probar que el comandante había cometido un grave exceso en su misión. La destrucción de Tenside no estaba justificada. Horn no llevaba la orden escrita de aniquilación, cuando se dirigió a aquel planeta. Si obró así por iniciativa propia, y no constaba que estaba loco, debía ser ajusticiado. Pero súbitamente empezaron extrañas presiones, boicoteando nuestra investigación. Los oficiales juristas empezaron a recibir nuevos destinos, y yo me quedé solo. Cuando insistí en seguir adelante, me di cuenta que me estaba enfrentando con algo demasiado poderosa para mí solo. Luego, vino la orden de pudrirme durante dos años en un inmundo planeta, en una oscura base, donde iba lo peor del Orden Estelar.

Oklan movió la cabeza, riendo amargamente.

—Y ahora, el destino te pone bajo las órdenes de Horn.

—Yo no creo en el destino, Oklan.

—¿Qué quieres decir?

—Que premeditadamente, he sido enviado a esta nave.

—¿Es posible?

—No creo en los errores de los ordenadores.

—¿Con qué fin supones que haya sucedido así?

—¿No te lo figuras? Yo puedo ser molesto, en el futuro. Aquí pueden ocurrir muchas cosas. Y alguna de ellas puede ser que yo desaparezca, de alguna forma.

—Te estás dejando llevar por la imaginación.

—Ojalá. Pero ya ves que el comandante no se detiene. Aunque no lo haya confiado a ninguno de los oficiales, tiene bien meditado cuál va a ser el paso siguiente. Acaba de enviar un mensaje de condolencia al gobierno de la República Sural, lamentando lo sucedido, que lo achaca a un desgraciado accidente. Dice que la nave se aproximaba sin identificarse, y pensó que íbamos a ser atacados. Está dispuesto a dar toda clase de satisfacciones, si el gobierno accede a recibirle y escucharle.

—No sé qué pensar, Bert.

—¿Qué sabes acerca de lo que pasó aquí hace algún tiempo?

—Nada. No existen registros, en esta nave, acerca de Droban.

Burton hizo una mueca.

—El comandante me hizo unas confidencias, mientras esperábamos en el puente. Pero sólo a mí. ¿Por qué? ¿Acaso intenta ponerme nervioso? Dice que Droban IV, llamado Kanta por los colonos que el Orden envió allí, hace algún tiempo, fue destruido por los suralitas, hace unos dos años. ¿Te das cuenta? Hace unos dos años. No especificó la fecha, pero es aproximada a cuando él ordenó la destrucción de Tenside.

—¿Crees que pueda existir alguna relación?

—No la descubro, por el momento. Pero donde está el comandante, ocurren cosas extrañas y muere demasiada gente, se destruyen

mundos. A bordo hay suficiente poder para destruir un planeta como Sural o conquistarlo. ¿Es que recuerdas que una Unidad llevara, alguna vez, tan grande contingente de tropas? También las naves de combate y desembarco están que no caben en nuestros hangares. Y disponemos de reservas energéticas y municiones para sostener una larga guerra.

—Sí, todo eso ya lo sabía; pero no le había dado mucha importancia… hasta ahora.

La puerta del camarote se abrió, y apareció el joven Lester.

—Perdón, capitán. En el puente de mando acaba de recibirse el permiso para que el comandante celebre una entrevista con los gobernantes del planeta. Pensé que a usted le interesaría saberlo.

—Gracias, cabo —dijo Burton. Le miró fijamente. Una duda le asaltó y preguntó—: ¿Estabas en el puente cuando fue destruida la nave suralita?

—No, señor. Y lo lamento. Me han dicho que intentó atacamos porque no pudimos ponemos en contacto con ella. Ha sido lamentable. Pero, por suerte, los gobernantes de Sural parecen haber admitido las disculpas del comandante.

Burton miró a Oklan, diciendo:

—Sí, ha sido una suerte… para todos.

El altavoz general anunció, en aquel instante:

—Todos los oficiales deben presentarse inmediatamente en la sala de juntas. El comandante Horn les espera.

CAPÍTULO IV

—Señores, he llegado a un acuerdo con las autoridades de Droban III, llamado Sural por los nativos, para celebrar un encuentro.

T. Horn calló, y miró a todos los oficiales allí reunidos, en la gran sala de juntas. Tomó un sobre lacrado de la mesa, y lo alzó para que todos

lo vieran.

—Aquí —prosiguió— están los términos que Sural debe acatar. Voy a enviar a tres capitanes para presidir las conversaciones. El sobre debe ser entregado, sin abrir, a los jefes suralitas. Por ningún concepto, deben ser disminuidas las condiciones escritas. Los capitanes que elija recibirán copias de los términos para que las estudien y destruyan antes de embarcar para el planeta.

»Es obvio insistir que, mientras la misión permanezca en la superficie, todas las secciones de la UNEX seguirán en máxima alerta. Los enviados se sentirán protegidos. Sural tiene veinticuatro horas para decidir una contestación.

»Ahora, voy a decir les los nombres de los miembros de la delegación. Capitanes Jerome y Taylor. El capitán Burton será el jefe y único responsable.

Bert sintió las miradas curiosas y sorprendidas de sus compañeros. Oklan estaba sentado a un lado, y le golpeó con el codo.

—Naturalmente, si alguno de estos oficiales se considera incapacitado para llevar a cabo la misión, ahora es el momento de que haga cualquier clase de argumentación. »La partida será dentro de una hora, y el sitio de reunión ya está elegido. Serán transportados por una nave de caza, y el piloto ya está informado del punto exacto donde debe aterrizar. Se trata de un lugar solitario, en donde el núcleo de población más cercano se encuentra a unos trescientos kilómetros, cerca de la costa. Allí los ruralitas están levantando un campo de aterrizaje provisional y, desde este momento, nos aguardan.

»Sural es una república con dos presidentes. Ambos estarán presentes en a reunión, así como otros personajes de relieve de la sociedad suralita. No me ha sido informado más extensamente. Como dato vital debo decirles que el accidente acaecido a la nave lo han tomado como tal, y no habrá reproches.

»Pueden retirarse, señores.

Los oficiales empezaron a salir de la sala. Taylol y Jerome tomaron las copias con los términos. Al coger la suya, Burton preguntó al comandante si podía concederle unos instantes.

Horn alzó la cabeza, respirando ruidosamente.

—Creí que dije que cualquier disconformidad debía serme informada

antes, capitán.

—Sólo quiero algunas informaciones suplementarias, ya que usted me ha designado como jefe de la misión. Creo que es importante para mí que yo conozca algunos detalles más —dijo Bert.

—Dígame.

—Supongo que los suralitas— estarán esperando que sea usted quien presida la comisión. ¿Qué debo decirles, cuando me lo pregunten?

—Nada. Ignore la pregunta. ¿Algo más?

—Aún no he leído los términos que deben estudiar los suralitas, pero creo que se trata de exigirles una rendición.

—Ha acertado, capitán.

—Entonces, puede ocurrir que las rechacen de plano. ¿Qué pasará al cabo de las veinticuatro horas de plazo?

—Está especificado al final de los términos, capitán.

Burton abrió el pliego y pasó las primeras líneas, leyendo el final.

—Aniquilación —susurró quedamente.

—Así es.

—Pero somos una sola nave, contra todo un planeta.

—La UNEX es suficiente.

—Pero...

—¿Algo más, Burton? Está perdiendo su tiempo, y haciendo que yo desperdicie el mío.

—Sí, comandante. Es seguro que me escupan a la cara que ésta no es la forma de actuar del Orden.

—¿Está seguro que esa pregunta la pueden hacer los suralitas o es producto exclusivamente suyo, capitán?

Burton se envaró:

—No creo que sea preciso que le repita el código de la Orden, señor.

Toda la Galaxia lo conoce.

Horn hizo girar el sillón, dando la espalda a Burton. Dijo:

—Puede retirarse, capitán. Celebro que conozca tan bien nuestro código. Recordará que existe un extenso apartado, que se refiere a la obediencia de todo miembro del Orden a sus superiores.

Burton sintió que la sangre le hervía. Salió precipitadamente de la sala. Fuera, le esperaba Lester, con las armas de ceremonia y el casco. Un poco más lejos, en el pasillo, le aguardaban Jerome y Taylor.

* * *

Habían tardado poco más de una hora en trasladarse desde la UNEX hasta el punto de reunión. Tuvieron que entrar suavemente en la atmósfera. El piloto necesitó más tiempo del debido en orientarse. Burton se alegró de que fuera de día en aquel lugar del continente, desierto y junto al mar.

Fue el primero en descender, seguido de Taylor y Jerome. Durante el viaje, habían hablado poco, y Jerome fue el menos comunicativo. Cuando Burton vio que éste recogía, con diversos instrumentos que llevaba todos los datos posibles del planeta, pensó que estaba cumpliendo alguna misión específica del comandante. Era conocido, por todos, que Jerome parecía gozar de la confianza de Horn.

Pero si Jerome estaba en la misión, ¿por qué no había sido elegido por Horn para ser su jefe? Burton, amargamente, pensaba que Horn estaba tendiéndole una trampa. Si cometía el más mínimo desliz, iba a hacerse acreedor de una severa sanción. Jerome estaría siempre junto a él para vigilarle. En cambio, Taylor, buena chica, no simpatizaba con Horn. Si algo iba mal, podría confiar en ella.

Pisó el suelo de Sural, hundiéndose sus pies unos centímetros en la alta hierba, verde y fresca, llena de rocío. Debía haber amanecido hacía poco. El aire era limpio y olía bien. Frente a ellos, se alzaban algunas casas prefabricadas. Varios hombres estaban ante ellas. Algunos parecían ser militares, pues vestían completamente de azul, aunque no portaban armas a la vista. Los demás debían ser paisanos, ya que sus trajes eran diversos.

Burton esperó a que sus compañeros de embajada bajasen. Juntos los tres, se dirigieron hacia el comité de recepción.

Cuando estuvieron a unos metros, Burton no puedo evitar detenerse un segundo. Entre los civiles veía a tres seres que no eran totalmente humanos. Intentó disimular su sorpresa, terminando de recorrer los últimos metros. De cerca, se cercioró que poseían características que los calificaban como humanoides, si la apreciación era optimista.

Eran tan altos como los humanos, pero de piel inmaculadamente blanca, brillante. Las facciones solo se diferenciaban de éstos en que los ojos, muy redondos, eran azules. Los labios, delgados, apenas eran rosados. Cuando Burton se fijo en las manos, vio que en cada una tenían solo tres dedos, dos muy gruesos y el tercero muy fino, como el diámetro de un lápiz.

Uno de los humanos, un hombre de edad madura, cabellos blancos y facciones nobles, se adelantó a los tres hombres de negro y plata.

—Saludos, señores. Soy Den Palmar, presidente de la república Sural —indicó a uno de los humanoides, añadiendo—: Um-Lat, vicepresidente.

Luego, fue diciendo los nombres de los demás civiles. Humanos y humanoides se mezclaban y alternaban en los cargos. Pero Burton tenía la mirada fija en una mujer de sorprendente belleza. Alta, rubia y de esbelto cuerpo, estaba detrás del presidente. Al capitán le intrigó su mirada fría, ausente.

Den Palmar la presentó como Dama Lia simplemente, sin añadir ningún cargo o empleo.

A continuación, Burton se presentó y pronunció los nombres de sus dos colegas. Veía que Palmar fruncía ligeramente el entrecejo.

—¿Cómo es que no ha venido el comandante T. Horn?

Burton tragó saliva. Ahora tenía que hacer uso de su iniciativa. La prueba a que le sometían estaba dando comienzo:

—Nuestra disciplina prohíbe que el comandante de una UNEX abandone su puesto, bajo cualquier circunstancia, señor presidente.

—¿Posee usted plenos poderes para las conversaciones?

—Así. Soy portador de un sobre cerrado del comandante Horn.

—Bien —asintió Palmar—. Entonces, pasemos al interior.

Dentro de la construcción, el clima era agradable.

Había una larga mesa en el centro de la única estancia Palmar ofreció un sillón a Burton para que compartiese con él el lugar de honor. A la izquierda de Burton se sentaron Taylor y Jerome. A la derecha de Palmar, el vicepresidente, otro humanoide, dos humanos y la llamada Dama Lia.

Los dos tenientes, tres sargentos y cinco soldados del Orden, quedaron fuera, así como el resto de suralitas.

—Me hubiera gustado darles la bienvenida en toda la extensión de la palabra, capitán Burton; pero los hechos ocurridos hace unas horas, y que supusieron la destrucción de nuestra nave de vigilancia, hacen que este encuentro no revista la plena cordialidad que me hubiera gustado que tuviese.

—Todos nos sentimos desolados ante los hechos, señor —dijo Burton mecánicamente.

—Hemos admitido las disculpas de su comandante, y todos coincidimos en que fue un lamentable error. Pero, sin ánimo de insistir en el caso, me permito decirle que ustedes fueron imprudentes al aproximarse a nuestro planeta, sin antes asegurarnos de sus intenciones.

Burton miró a sus compañeros. No respondió.

—De todas formas, ustedes hallaron nuestra frecuencia a tiempo. Estábamos dispuestos a enviarles nuestras fuerzas defensivas, cuando nos llegaron sus mensajes. Tal como nos pidió su comandante, hemos accedido a entrevistarnos. Esta es la tercera presencia del Orden, en nuestros espacios. La primera ocurrió hace muchos años, y nuestros antecesores en el gobierno llegaron a la decisión de rechazar la oferta que nos trajeron, de incorporarnos a su organización de mundos. Nuestro planeta fue colonizado por fugitivos del terror impuesto por el Imperio, hace más de quinientos años. Durante cuatro siglos, vivimos tranquilos. Al llegar a Droban III, nos encontramos con una raza que vivía desde hacía milenios aquí. Nuestra llegada fue pacífica, y decidimos compartir el planeta.

»Los verdaderos suralitas son los miembros de la raza cuyo primer representante es Um-Lat. Pero nuestros antepasados adoptaron el mismo nombre. Aunque le parezca imposible, capitán, nunca tuvimos

conflictos con los nativos. Ellos nacieron aquí y disfrutaban de una civilización media, principalmente agrícola. Nosotros aportamos los conocimientos de la raza humana, y nos complementamos perfectamente.

»Aunque físicamente no puede existir unión entre miembros de nuestras distintas razas, por imperativos biológicos, mentalmente nos unimos. Ambos pueblos obtuvieron mutuos beneficios.

»Tal vez ustedes no lo ignoren, pero hasta hace diez años no volvimos a tener un nuevo contacto con personas pertenecientes al Orden. La primera visita fue rutinaria. Nos hicieron propuestas amistosas que nosotros, según nuestros derechos, rechazamos. Creímos que de nuevo íbamos a ser olvidados, pero hace una década volvió una nave del Orden. Esta era más grande y moderna, y de nuevo nos preguntaron si queríamos integrarnos en el gran número de planetas que ellos administraban. Nuestra respuesta volvió a ser la misma. Queríamos seguir viviendo como hasta entonces, aunque no rehusaríamos un comercio, si éste era beneficio, algún día.

»Recibimos una sorpresa cuando el cuarto planeta, Kanta empezó a ser colonizado por humanos procedentes de mundos ignorados por nosotros, pero que fueron ayudados por las naves del Orden.

»Aunque Kanta había sido explorado por nuestros astronautas hacía muchísimo tiempo, nunca nos sentimos interesados por él. Kanta carece de materias primas importantes y su clima es infernal. Por eso no comprendimos cómo los seres del Orden decidieron intentar la colonización de un mundo tan pobre. Pero como no teníamos ningún derecho a el, no nos opusimos.

»Sin embargo, los miembros del Orden carecieron de la delicadeza de preguntarnos si nosotros estábamos conformes con tenerlos por vecinos.

»Durante ocho años estuvieron llevando colonos, pero cada vez en menor número. Entonces las unidades armadas del Orden se retiraron, sin previo aviso —El presidente respiró fuertemente—. Pocos días después, sucedió lo imprevisto. Una especie de guerra absurda estalló en Kanta. Desde nuestro planeta, captamos numerosas explosiones nucleares, lo que nos sorprendió muchísimo, ya que no creíamos que aquellos miles de colonos dispusieran de semejantes armas.

»Enviamos naves a investigar, y no encontramos ningún ser viviente. Las pequeñas instalaciones habían desaparecido. La radiactividad era

tan intensa que tuvimos que marchamos pronto. En Sural estábamos todos estupefactos, sin podemos explicar lo sucedido

»Yo acababa de acceder a la presidencia, relevando de su puesto a mi colega de piel neutra, como también llamamos los humanos a los nativos de este planeta. Tengo que aclararles que periódicamente son alternados los primeros cargos legislativos. La primera decisión a que mi cargo me obligaba era a decidir sobre Kanta. Sabíamos que nuestra obligación era comunicar al Orden Estelar lo sucedido; pero carecíamos de naves estelares y de medios de comunicación a tan larga distancia, además de no saber exactamente a quiénes debíamos dirigimos.

»Por lo tanto, tuvimos que esperar. Sabíamos que algún día llegaría alguna nave del Orden Estelar. Es sucedió cinco meses después. Pero la nave terrestre se limitó a descender en Kanta, permanecer unas horas en ella, y luego marcharse. Nuestra sorpresa volvió a ser grande. ¿Por que la nave no se había dirigido a nosotros, preguntándonos por lo ocurrido?

El presidente calló, mirando a Burton. Este pensó que realmente la última pregunta se la había formulado a él. Jerome tenía el sobre cerrado. Debió entender, al mirarle Burton, que se lo estaba pidiendo, pues se lo entregó.

Burton tomó el sobre. Lo dejó sobre la mesa, como si le quemara los dedos. Alzó la mirada, y comprendió que los suralitas estaban esperando que él hablase.

—Señor presidente, ignoro la causa por la que la nave del Orden no se puso en contacto con ustedes.

—Sin embargo, ustedes parecen tener una misión específica, al venir aquí. Son los terceros que se ponen en contacto con nosotros. Hemos supuesto que querían saber lo que había sucedido en Kanta. Ahora que Io saben, ¿pueden decimos qué quieren de nosotros?

Burton agarró el sobre. Dudaba. Sabía lo que contenía, y le parecía una aberración. Inesperadamente, se puso en pie y dijo:

—Solicito que se nos conceda unos minutos pera deliberar con mis colegas.

Palmar consultó con su vicepresidente de piel neutra, que asintió rápidamente:

—De acuerdo. ¿Desean que salgamos?

—No; lo haremos nosotros —dijo rápidamente Jerome.

Burton saludó con una inclinación de cabeza. Mientras se volvía para dirigirse a la salida, su mirada se encontró con la de la muchacha. Aquellos ojos negros parecían más fríos que nunca.

CAPÍTULO V

—¿Puede saberse a qué viene esto? —preguntó, irritado, Jerome apenas estuvieron fuera, a varios metros de la construcción.

Burton se revolvió.

—¿Y por qué tuviste que decir que nosotros saldríamos? Ellos estaban deseando ser amables y ser los que abandonaran la sala para que cambiáramos impresiones. No les permitiste ser corteses.

Jerome sonrió.

—Podía haber micrófono, y enterarse de lo que no debemos consentir que sepan. ¿Qué pasa?

—Esto —y Burton le puso delante de los ojos el sobre.

—Era el momento de haberles hecho entrega de las condiciones de rendición.

—¿Por qué una rendición?

—Ya lo sabes ahora perfectamente. Los suralitas aprovecharon que nuestras naves de guerra se marcharon para librarse de los colonos de Kanta. Los culpables deben pagar aquella matanza.

—No existen pruebas de que ellos sean los causantes del bombardeo nuclear.

—¿Quiénes, entonces?

Burton resopló. Cada vez se sentía peor. Jerome estaba consiguiendo

ponerle irritado.

—Escucha, Jerome. No quiero convertirme en el abogado defensor de esas personas, pero no olvides que ellos llegaron hace cinco siglos aquí, y se encontraron con una raza dueña del planeta. Tal vez pudieron, pero decidieron no exterminarla. En contra de lo que normalmente suele ocurrir en estos casos, trabaron amistad, y consiguieron convivir en perfecta armonía. ¿Recuerdas que algo parecido haya ocurrido antes? Por el contrario, todos los planetas que el Imperio conquistó y que poseían algún tipo de raza más o menos civilizada, al poco tiempo éstas habían sido exterminadas.

»Los antepasados de estas gentes huyeron del caos existen en los últimos tiempos del decadente Imperio. Debían ser buenas gentes, cuando supieron adaptarse a vivir en estrecha colaboración con humanoides. Incluso los nativos adoptaron su lenguaje y muchas de sus costumbres. Viven felices, compartiendo el gobierno. Nunca han guerreado entre sí. ¿Comprendes ahora?

—¿Qué quieres que comprenda?

Burton abatió los brazos, con gesto de impotencia.

—No es que no puedas comprenderlo, sino que no quieres. Intento decirte que quienes fueron capaces de vivir cinco siglos con una raza diferente, no pueden haber sido los que destruyeron una colonia de humanos en Kanta, un planeta que ellos visitaron trescientos años antes, y decidieron que no merecía la pena. ¿No escuchaste cómo decían que no comprendían cómo fue colonizado por aquellas personas que transportaron las naves del Orden? A ellos les era indiferente la presencia de vecinos en Kanta.

Jerome asintió ante las últimas palabras de Burton, pero sus labios volvieron a dibujar la misma sonrisa escéptica.

—Todo esto está muy bien, Burton. Yo tampoco soy fiscal en este asunto, sino que cumplo órdenes. Horn nos mandó entregar ese sobre. Si tú tienes reparos en hacerla, lo haré yo en tu lugar.

Burton apretó el sobre. ¿Era aquello lo que estaban esperando de él Jerome y Horn? ¿Un acto de indisciplina?

Pero Burton recordó que él era el jefe. Tenía mando sobre aquellos dos capitanes. Legalmente, podía evitar tener que pasar por el mal momento de observar los rostros de los suralitas, cuando el presidente leyese el contenido del sobre.

—Las órdenes del comandante eran esperar veinticuatro horas la respuesta de los gobernantes de Sural. Jerome, tú entregarás el sobre, y dirás al presidente que espero en mi nave su respuesta, si es que no tiene inconveniente en que permanezcamos en su planeta, durante este tiempo.

Jerome, rojo de ira, tomó violentamente el sobre de manos de Burton. Mientras, un poco apartada, Taylor intentaba no echarse a reír.

Mientras Jerome regresaba a la construcción, la capitán dijo:

—Ya tienes dos enemigos en la UNEX, Bert.

—Y de cuidado. Lo sé. ¿Quieres volver conmigo a la nave?

—Sí, ¿por qué no? Estoy segura de que Jerome no tardará en reunirse con nosotros. Legalmente, no te pueden acusar de indisciplina, pero no confíes demasiado en tu buena suerte. Ahora estoy convencida de que Horn intenta librarse de ti de forma tajante.

—Yo también estoy seguro de ello.

Mientras regresaban a la nave, Burton preguntó:

—¿No te huele a podrido todo esto?

—Estoy aturdida por el olor. Peor aún, percibo el olor a cadáveres.

Una vez en la diminuta habitación de reunión, ante sendas tazas de café, Burton dijo:

—Me pregunto cuáles son las instrucciones reales que tiene el comandante. No puedo admitir que esté obrando a su libre albedrío. Todo lo que está haciendo le pone fuera de la ley, del código del Orden.

—El código está siendo vulnerado demasiado, últimamente —suspiró Susan.

—Es cierto. Pero existe el código, Susan. Yo estoy impresionado.

—¿Por qué?

—Por todo cuanto hemos visto. Mientras nos dirigíamos aquí, yo también observaba lo que había debajo nuestro. Mientras Jerome estaba ensimismado espiando las instalaciones militares suralitas, yo miraba sus ciudades. Estoy seguro de que los humanos viven sin

discriminación alguna con esos seres de piel neutra. ¿No resulta maravilloso? El Imperio. cuando comenzó su expansión, declaró que todo los seres inteligentes, cualquiera que fuera su aspecto, tenían un lugar en el conjunto de mundos de la Galaxia. ¿Se llevó alguna vez a la práctica tal declaración? Nunca. Por el contrario, desaparecieron muchas razas no humanas, incluso más intelirgentes que nosotros.

»Luego llegó el Orden Estelar, tratando de salvar lo que quedaba del viejo Imperio. De nuevo dijo que ellos sólo trataban de salvar los mundos olvidados, a consecuencia del desmoronamiento imperial. Es cierto que al principio todo se hizo con delicada justicia, pero estos últimos años están observando una progresiva degradación en todos los niveles. Las viejas leyes se están violando con frecuencia. Tú debes saber lo que ocurrió en Tenside —sin esperar la respuesta afirmativa de la capitán, Burton siguió—; Y ése no debe ser el único caso, aunque sí uno de los graves.

Taylor movió la cabeza con íntimo pesar.

—Recuerdo a la almirante Alice Cooper. Cuando se retiró del servicio activo, afirmó a sus íntimos amigos que le hubiera gustado morir al mismo tiempo que su compañero Adan Villagran, porque el mundo no le parecía el mismo que cuando ambos recorrían los espacios estelares, rescatando mundos olvidados sumidos en la barbarie.

—¿Quién no ha oído hablar de la almirante Cooper? —dijo amargamente Burton—. Ella y su marido hicieron, por el Orden, más que un ciento de unidades exploradoras y mil comandantes juntos. Si sabe lo que ocurre, debe vivir asqueada por todo cuanto sucede, en su retiro. Tiene razón al haber deseado no ver todo esto.

Jerome se asomó por la puerta. Estaba muy serio, cuando dijo:

—El mensaje del comandante Horn ha sido entregado. Lo leyeron en mi presencia. ¿Te interesa saber cómo reaccionaron?

Burton asintió.

—Pues te sorprendería haberlos visto. No parecían estar nada asustados. Incluso inducían a pensar que lo esperaban. ¿No demuestra esto que son culpables?

—Es posible —respondió Burton, bebiendo un sorbo de café—. ¿Dijeron cuándo pensaban dar la respuesta?

—No. Pero puedes estar tranquilo. Nos dejan permanecer en su

planeta, durante el plazo.

Con una sonrisa irónica, se retiró.

—Ahora sólo tenemos que esperar —mascculló Burton.

—No aceptarán las condiciones.

—Entonces, habrá guerra.

—Jerome está contento. Lo que ha sacado de sus investigaciones, desde el aire, debe haberle tranquilizado. Dudo que los suralitas estén suficientemente equipados para oponernos una defensa fuerte.

—Podemos equivocarnos.

—Lo dudo. Esta gente nunca combatió. Llevan cinco siglos en paz. Y ya sabemos que este planeta es parco en minerales radiactivos. Y sin uranio, no se puede empezar a desarrollar una avanzada tecnología nuclear. Es el primer paso obligado.

—¿Y sabiendo eso, el comandante pretende acusarles de haber arrasado la colonia en Kanta con bombas nucleares? —exclamó Burton.

—Por eso te dije que esto huele a cadáveres —repuso Susan quedamente.

* * *

—¿Quién dices que es?

—La Dama Lia, señor —dijo el hombre que había estado fuera de la nave, de guardia.

—Es imposible que tan pronto hayan llegado a una decisión —dijo, extrañado, mirando a Taylor.

—Hazla pasar, y saldremos de dudas —respondió Susan, encogiéndose de hombros.

—Señor, esa mujer dice que no representa oficialmente al gobierno de este planeta —añadió el soldado.

—Será mejor que la vea fuera.

Al salir de la nave, Burton se cruzó con Jerome. Salía del cuarto de comunicaciones. Su expresión se esfumó, al verle cruzar la compuerta.

Fuera, a unos metros de la nave, la mujer esperaba con los brazos cruzados, a la sombra que proyectaba la máquina espacial.

—¿Deseaba verme? —preguntó Burton.

—Si no tiene inconveniente, capitán Burton —dijo Lia.

—Me ha dicho el soldado que no viene comisionada por el gobierno.

—Exacto.

—Entonces… No entiendo. Pero usted estaba allí, y me pareció que tenía un cargo importante. ¿La han echado?

—No. Quise marcharme para venir a verle.

—¿Cree que tardarán mucho tiempo en decidirse Den Palmar y Um-Lat?

—No le darán ninguna respuesta, antes del plazo fijado por ustedes. Tienen que consultar con los demás representantes de las dos razas, que ahora están reunidos en la capital, y en comunicación constante con este lugar.

Burton la estudió con detenimiento. Ahora la encontraba mucho más bonita que en el interior de aquella austera sala. Se preguntó a qué se debería. ¿La luz del día? No. Era sencillo de comprenderlo. Lia había perdido la frialdad de su mirada. Le estaba mirando sin rencor, incluso con un atisbo de simpatía. Se sintió confundido.

—¿Quién es usted? ¿Por qué la llaman Dama Lia? ¿Es un título?

—Es un tratamiento con el cual me honran en este planeta. Digamos que soy un huésped especial.

—¿Es que no es usted suralita?

—No.

La escuela respuesta advirtió a Burton que la muchacha no tenía el menor deseo de decirle dónde había nacido.

—¿Qué desea?

—Tenemos tiempo hasta mañana: Aún nos quedan más de veinte horas de plazo. Hay posibilidad de que yo pueda llevarle a la ciudad, mostrarle algo de lo que representamos en Sural. ¿No se siente intrigado cómo dos razas tan dispares hemos conseguido vivir sin discriminación ni racismos, en perfecta armonía?

—Creí que usted me dijo que no era de Sural. Sin embargo, se expresa como si lo fuera...

—Me siento suralita. No tengo otra alternativa que serlo.

—¿Una refugiada?

—Eso no tiene importancia. ¿Acepta mi invitación? No se preocupe. El presidente sabe lo que estoy haciendo, y está de acuerdo. Tengo un transporte pequeño, que nos llevaría a Larusdal, la capital, en poco más de una hora.

Burton no apartaba sus ojos de aquel rostro, perfecto. Los labios de Lia, moviéndose al hablar, eran todo un poema. Pero volvió a poner los pies en el suelo, dejando de soñar. Se preguntó qué pretendía ella con aquella invitación. Receló. Temió alguna especie de trampa.

—¿No confía en mí, capitán? —sonrió por primera vez Lia, y, al hacerla, mostró dos perfectas hileras de dientes—. No sea ingenuo. No pretendemos hacerle prisionero y tenerle como rehén.

—¿Puede demostrarme que sus intenciones no son ésas? —inquirió Burton, divertido por la llaneza de la chica.

—Sí. Ustedes no hubieran podido huir si nosotros hubiésemos querido hacerles prisioneros a todos, incluida esa nave que les trajo. Sabemos respetar una tregua. Además, estamos seguros de que su comandante no se habría inquietado si le hubiésemos dicho que les mataríamos, si no nos dejaban tranquilos.

Burton masculló una maldición entre dientes.

—Parece conocer muy bien a mi jefe, Dama Lia. Espere un momento. Volveré en unos minutos. Tengo que dejar asegurada mi espalda, antes de marcharme con usted —se volvió y preguntó—: Olvidaba preguntarle si esta invitación es extensible a mis compañeros.

Ella negó encantadoramente con la cabeza.

—Sólo para usted, capitán.

—Me lo suponía.

* * *

—El comandante no estará contento con su actuación, Burton —dijo, malhumorado, Jerome.

—Estoy cumpliendo con mi trabajo lo mejor que puedo. Además, ya le he dicho por qué no tenemos que preocuparnos. Los suralitas no intentarán hacernos prisioneros a ninguno. En cambio, si acepto esa invitación, podré observar algo, Jerome. Le prometo decirle todo cuanto vea.

—¿Acaso espera que le lleven a sus cuarteles, bases e instalaciones militares de toda índole? —preguntó, con sorna, Jerome—. No sea ingenuo, amigo.

—No, no confío en que me muestren secretos militares, pero mucho menos averiguaré quedándome aquí, y usted bien puede hacerse cargo de todo esto, si a mí me ocurriese algo, Jerome, porque usted sí lo está haciendo muy bien. El comandante seguirá estando informado, como hasta ahora, de todo cuanto acontece.

Taylor era testigo silencioso de la discusión. Al pasar junto a ella para salir, Burton le entregó un papel, diciéndole:

—Le hago jefe de esta nave y de la misión, capitán Taylor. En este papel, tiene escrita la orden. Todo en regla.

—De todas formas se buscará complicaciones, capitán —rezongó Jerome—. Es obvio que le diga que, antes de unos minutos, el comandante estará informado de todo.

—Estoy seguro —Burton saludó y salió de la cabina.

—En el exterior, Lia había hecho venir un pequeño aparato. Estaba dentro, esperándole. Burton se sentó a su lado.

—Estamos un poco apretados —sonrió él.

—¿Molesto?

—Todo lo contrario. Ahora, lamentaré que el viaje sea tan corto.

Ella rió.

—No había otro disponible, sino éste dos plazas. Pero iremos despacio, si lo prefiere. Así podrá disfrutar del paisaje que existe hasta llegar a la ciudad.

Lia manipuló en el panel de mandos, y el aparato se elevó suavemente. Un ligero ruido procedía de la parte trasera. Las turbinas, prácticamente, eran silenciosas. Burton se alegró porque podrían conversar tranquilamente durante el trayecto,

CAPÍTULO VI

Durante cerca de una hora, Burton había visto demasiadas cosas. Lia había conducido el aparato a baja altura, sobrevolando ciudades pequeñas, aldeas agrícolas y miles de kilómetros cuadrados de labranza. Por todas partes existía una gran actividad, cientos de miles de vehículos terrestres se movían por las amplias carreteras, líneas de monorraíl con largísimos convoyes deslizándose a altas velocidades.

Burton estaba impresionado. Todo cuanto había visto denunciaba una gran actividad, una sociedad próspera que armonizaba los núcleos urbanos con la naturaleza. Las ciudades no desentonaban en el conjunto sino que parecían embellecerlo incluso.

Lia le ofreció unos potentes binoculares, y Burton pudo cerciorarse de que los humanos y seres de piel neutra se mezclaban sin ninguna diferencia. Los niños humanos jugaban con los adolescentes humanoides.

—¿Algún comentario, capitán? —preguntó Lia. Sin esperar la respuesta, señaló al frente de la cabina—: Ahí está Larusdal. En unos minutos, habremos aterrizado.

—Odio los comités de recepción, la concentración de curiosos —masculló Burton.

Lía rió con ganas.

—¿Ha creído que yo había anunciado a la ciudad que usted iba a


visitarla? Oh, no. De ninguna manera, Nadie sabe que llegamos.

—Pero mi uniforme llamará la atención...

—No se inquiete. En el aparato tengo una especie de amplia camisa. Ocultará su guerrera. Sus pantalones no son diferentes a los que usan los hombres. Deje aquí el casco, y pasará por un humano más, si no habla demasiado en público.

—¿Es que la población ignora nuestra presencia? ¿Han ocultado la presencia de la UNEX para evitar el pánico?

—De ninguna manera. La población ya es mayorcita, y está en su derecho de saber cuánto ocurre. Los noticieros dan exacta información de cuanto acontece cada cinco minutos, mediante noticias escuetas.

—Usted quiere engañarme.

—No. Se convencerá por sí mismo.

—No puedo creer que esta gente está tan tranquila.

Al menos, el gobierno debe haberle ocultado los términos contenidos en el mensaje del comandante Horn.

—Le repito que lo sabe todo. Hace una hora el mensaje fue leído a todo el planeta por televisión.

Burton se quedó un instante con la boca abierta, sin fuerzas para hablar. Estaban ya sobrevolando la ciudad. Entonces se dio cuenta de que el aparato se estaba deslizando sobre una ruta fija.

—Energía radiante —musitó Burton.

—Es muy observador, capitán.

Estaban descendiendo sobre la parte superior de un alto edificio, de más de cuarenta pisos, pero aislado de los demás por grandes extensiones de jardines.

Había otros aparatos estacionados, de distintos modelos y tamaños. Mientras bajaba. Burton observó que un ser de piel neutra salía de la cabina de un ascensor y se dirigía hacia uno de los aparatos. Saludó a Lía, y ella le correspondió, agitando la mano.

—Yo vivo —aquí —dijo Lia—. Ese es Iong-Ke, un vecino.

—¿Es que los humanos viven en los mismos edificios que esos seres?

Ella le dirigió una mirada cansada.

—Había pensado que ya estaba convencido al respecto, capitán. No existe ninguna diferencia entre las dos razas.

—Está bien, lo admito. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Es temprano para cenar. Podemos visitar la ciudad.

—¿Y las fábricas? —preguntó Burton, entornando los ojos.

—Están lejos. Nos llevaría tiempo —dijo Lia, pensativa, mientras entraban en uno de los ascensores—. Las tenemos a unos cincuenta kilómetros, casi todas bajo tierra. Los trabajadores se trasladan a ellas en trenes subterráneos.

Burton sonrió ligeramente, comprensivo.

—Oh, no crea que no deseo mostrárselas. Es que no tenemos demasiado tiempo, y hay muchas cosas que ver aquí, pero tal vez tengamos ocasión de hacerlo, más adelante.

—¿De veras piensa que existirá otro momento, después de éste?

—Naturalmente que si.

Salieron del ascensor, y Burton se apartó para dejar entrar a dos parejas, con sus crías. Una estaba formada por humanos y la otra por humanoides. Parecían dos familias amigas, que regresaban de alguna fiesta infantil. Reían y se gastaban bromas.

—¿Vive sola? —preguntó Burton inesperadamente.

—Sí. Mi apartamento está en el piso veintiuno.

Burton la siguió a la calle, con el ceño fruncido. Se había puesto encima de su guerrera una camisa color naranja. Al ver a los transeúntes varones con vestimentas similares a la suya, se sintió más tranquilo. Se preguntó cómo reaccionaría aquella gente que se cruzaba con ellos, si supieran que él era un terrestre, un miembro de la nave invasora, que momentos antes había entregado al gobierno de Sural un ultimátum.

Frente a ellos se extendía un extenso jardín. Los edificios más próximos parecían estar a casi medio kilómetro. No experimentó la

opresión que había sentido en otras ciudades del Orden. Aquel conjunto era armónico, y el aire, tan limpio como podía serlo en el campo o el bosque.

—Paseemos por aquí —dijo Burton.

—¿No desea que le muestre ningún sitio en especial? Tenemos museos, espectáculos y campos de deportes. A todas horas hay funciones en...

—No. Quiero pasear —en seguida se dio cuenta de lo duramente que había estado hablando y, más suave, agregó—: Sí no le molesta, claro.

—No, por supuesto. La tarde es fresca, y a mí también me sentará bien relajarme un poco.

Anduvieron por un sendero de suave gravilla. A los lados, niños de ambas razas jugaban, gritaban y reían. A Burton le costó trabajo recordar que sobre ellos gravitaba una seria amenaza, una situación de inminente guerra, de la que él sería protagonista, junto con sus miles de compañeros de armas.

Ascendieron por un prado. Las voces infantiles quedaron lejos. Burton se detuvo, agarró a Lia por un brazo, la hizo volver y la espetó.

—¿Qué quiere de mí?

Ella se deshizo de la mano de Burton. Una sombra de ira cruzó su bello rostro. Parecía contrariada por aquella brusquedad.

—¿Qué dice?

—¿Para qué me ha traído aquí? ¿Para que vea con mis propios ojos lo que estamos a punto de destruir?

—Es uno de los motivos.

—Pues ha tenido un gran éxito, Dama Lia. Nunca me he sentido peor que ahora.

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Sé cómo piensa, que no está conforme con lo que está haciendo.

Burton la miró, asombrado.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Usted.

—¡Yo no le he dicho nada!

—A mí, no. Pero otros lo han averiguado.

—¿Qué otros? —preguntó Burton, tratando de no perder la calma.

Ella caminó unos pasos hasta el borde de un pequeño puente elevado que cruzaba un riachuelo artificial. Desde allí, se volvió hacia Burton, diciéndole secamente:

—Sí, capitán Burton. Me parece que ya ha visto lo suficiente. Ahora puede juzgar por si mismo si los términos del ultimátum son justos. ¿Sigue usted creyéndonos culpables de haber aniquilado a los colonos de Kanta?

—Nunca dije que ustedes fueran los culpables...

—Es cierto. Incluso nos defendió ante la capitán Taylor y el capitán Jerome. Pero en su mente existía una ligera sospecha de que sí lo fuéramos. Espero que ahora esa duda haya desaparecido.

Burton avanzó hacia Lia.

—¿Cómo sabe eso también? ¿Acaso tenian micrófonos en la nave, y nos escuchaban?

—Ellos no necesitan micrófonos, capitán.

—¿Quiénes son ellos?

—Los suralitas.

—¿Cuáles suralitas?

Lia sonrió ligeramente.

—Empieza a comprender. Los que siempre vivieron aquí a ellos me refiero.

—Entonces... Esos seres de piel neutra leen el pensamiento.

—A veces, cuando la mente que quieren explorar es receptiva, y no se halla situada a demasiada distancia.

—Comprendo. O, mejor dicho, creo que entiendo parte de todo esto.

—No se sienta violento, Burton. Yo no puedo, lamentablemente, leer el pensamiento.

—De lo cual me alegro. Ha habido momentos que hubiera sido violento, si lo hubiese hecho —Burton sonrió.

—Pero los he sospechado —dijo Lia, sin embarazo.

—Está bien. Nunca me gustó todo este asunto. Ya lo sabía, y ahora yo se lo confirmo; pero no comprendo qué podamos hacer usted y yo. El comandante Horn tiene órdenes precisas del Alto Mando, estoy seguro. Aunque le aborrezca, estoy seguro que no obraría nunca por su cuenta.

—Del comandante todo puede esperarse. Es un paranoico.

—¿Qué puede saber de él?

—Bastantes cosas, capitán. Las suficientes para calcular cuál será su reacción cuando conozca nuestra negativa a aceptar sus condiciones de rendición.

—No deben hacer eso —casi suplicó Burton.

—Claro que lo haremos.

—Aunque desconozca el potencial bélico de este planeta, estoy seguro que el UNEX posee suficientes medios para destrozarles, sin abandonar su órbita. Sé que no debería hablar así, pero tenemos a bordo suficientes naves como para cubrir toda la extensión de los continentes e islas, bombardeándolas sin cesar durante veinticuatro horas.

—Hemos calculado cuál puede ser la capacidad de fuego del navío esférico, capitán.

—Es un suicidio. Deben pensarlo mejor.

—El gobierno ya lo ha decidido.

—Pero me dijo que tenía que consultar con el consejo.

—Puro trámite. El consejo está de acuerdo en rechazar la rendición. El comandante quiere que nosotros señalemos unos culpables para llevarlos hasta la Tierra y exhibirlos como trofeos a la Galaxia, para

que así el Universo piense que el Orden hizo justicia una vez más. ¿Cree que podemos consentir algo semejante?

Burton movió la cabeza.

—No sé. Pero creo que, si se rindieran, ganarían tiempo. Existen otros mandos en el Orden, que pedirían una investigación a fondo. Incluso pueden encontrar simpatías entre la opinión pública de la Galaxia.

—¿Quién iba a preocuparse por un planeta perdido en la Galaxia, del cual nunca han oído hablar? Todo el mundo se encogería de hombros. Seríamos noticia unos días, y luego, todos nos olvidarían.

—Pero sí se resisten, no durarán como pueblo más de cuarenta y ocho horas. Las ciudades serían convertidas en cenizas. Morirían muchos millones de seres de las dos razas, Lia. Aunque las ciudades estén bajo tierra, serían conquistadas. A bordo del UNEX van unidades de desembarco experimentadas, ansiosas por combatir. Esto sería una matanza.

—Resistiremos, Burton.

—Es posible. Pero si el comandante comprende que no puede apoderarse del planeta, desistirá de la invasión y les bombardeará con misiles nucleares. Eso significaría la muerte total.

Lía sonrió amistosamente.

—No se atormente, Bert. Todo está previsto. Yo había pedido permiso al gobierno porque los suralitas leyeron su mente, y le encontraron dispuesto a ayudarnos.

—Yo no puedo ayudarles en nada. Sólo aconsejarles que deben ganar tiempo aceptando la rendición.

—Olvídese de eso. Aún tenemos una posibilidad. Vaya a ver a su comandante, y cuéntele cuanto ha visto. Sé que es una remota posibilidad de éxito lo que le estoy diciendo, pero debemos intentarlo.

—Están locos —Burton calló, entornó los ojos y dijo—. ¿O no están locos? ¿Acaso poseen una flota numerosa, y piensa, mejor dicho está segura, de que puede vencernos, Lia?

—Vamos, capitán. Olvídese de una portentosa flota. Apenas tenemos unas naves espaciales. Creo que la mejor fue la que ustedes destruyeron. Y apenas tenemos minerales en este planeta para

construir misiles atómicos. Tampoco podemos derrochar la energía construyendo gigantescos láseres para intentar destruirles desde la superficie.

Burton miró la gigantesca ciudad que le rodeaba.

—No puede estar diciendo la verdad. Para construir esta urbe, todo lo que he visto desde el aire, se requiere…

—Se necesita sólo colaboración entre todos los seres que, pueblan este planeta, capitán. No lo olvide nunca. No puedo decirle más, pero no le miento si le aseguro que nunca hemos tenido un ejército preparado para rechazar un ataque como el que ahora nos amenaza. Simplemente, estamos seguros de nosotros mismos.

—Creo que debo regresar —dijo Burton, nervioso—. De todas formas, le aseguro que intentaré convencer al comandante, aunque dudo que obtenga el más mínimo éxito.

—Pero su conciencia se sentirá tranquila. Capitán...

—¿Sí?,

—Haga lo posible por no estar a bordo de la UNEX.

No me gustaría que muriese.

—¿Por qué?

Lía se le aproximó y, alzándose, le besó.

Burton estaba demasiado aturdido para reaccionar.

—¿De dónde es usted, Lia?

—Creo que ahora puedo decírselo, capitán. Um-Lat pudo estudiarle un poco, y sé cómo piensa. Usted me agrada, Bert. Tal vez me sienta inclinada hacia usted porque sé que estuvo en Tenside, y lloró sobre las ruinas que un día fueron hermosas ciudades. Aunque no fueron tan bellas como las de Sural, en ellas vivían seres humanos.

—¿Por qué habla de Tenside?

—Porque yo nací allí. Soy la única superviviente.

CAPÍTULO VII

Burton se levantó lentamente, procurando no hacer el menor ruido. Minutos después, salió del cuarto de baño. Al regresar al dormitorio, Lía estaba levantada, cubriendo su cuerpo desnudo por una transparente blusa negra.

—Es tarde —dijo ella—. Tengo que llevarte a tu nave.

—Prepararé un poco de café —dijo Burton, después de terminar de vestirse. Pero ella se le anticipó, entrando en la cocina.

Burton se acercó por detrás y la abrazó. Lia se volvió y le besó. El hombre alzó un poco la mirada, hasta la ventana. Sobre la ciudad, las sombras de la noche estaban siendo desalojadas por los primeros rayos solares, que surgían de las lejanas montañas.

Cuando el café estuvo hecho, Burton apenas bebió un sorbo. Su ceño estaba fruncido por la preocupación proporcionada por todo cuanto Lía le había confiado, horas antes. Le llevó a su apartamento. Ella dijo que quería contárselo todo a solas. Luego se abrazaron e hicieron el amor.

—Si hubiera sabido todo eso cuando estábamos preparando las acusaciones contra el comandante Horn...

—De nada te hubiera servido, Bert. No te atormentes.

Vuestro grupo luchaba contra fuerzas muy poderosas, dispuestas a todo por que lo sucedido en Tenside no trascendiera a la opinión pública.

El viaje de vuelta al improvisado campamento apenas les llevó media hora. Lia hizo que el aparato desarrollase casi toda su velocidad, diciendo que Burton ya había visto, durante la ida, todo lo más importante.

—Lia —dijo Burton, con la mirada perdida delante. Aún no me has dicho con qué contáis para evitar ser invadido o destruidos.

Ella hizo un gesto de desaliento.

—Bert, ni siquiera a ti puedo confiártelo. Los dirigentes de Sural me lo

confiaron hace poco, después de que yo empezara a hacer muchas preguntas. Sólo lo hicieron cuando estuvieron seguros de que podían poner en mis manos el secreto. Sin el consentimiento de ellos, no puedo decirte nada. Me gustaría que lo comprendieses.

—Lo comprendo —asintió Burton, sonriendo.

—Es mejor así. Sé que intentarás disuadir al comandante, cuando vuelvas a la UNEX. Me gustaría que lo olvidaras porque nada conseguirás. Solo intenta escapar, huir de la nave nodriza.

—No puedo. Eso sería desertar.

Lia suspiró. Su rostro mostraba una gran preocupación.

—Sé lo que sientes, amor mío. Pero ni tú ni yo podemos hacer otra cosa.

—No todos los que pertenecemos al Orden Estelar somos como Horn —dijo roncamente Burton.

—Lo sé; pero quien da las órdenes es Horn.

Lia hizo descender el aparato a bastante distancia de donde se encontraba la nave de Burton. Apenas se dijeron unas palabras de despedida. Se besaron y el terrestre prometió:

—Haré lo que pueda para evitar el enfrentamiento, Lia.

Ella asintió, agitó la mano y se volvió para entrar en una de las casas prefabricadas.

Junto a la nave le esperaban Taylor y Jerome. A la capitán, dijo Burton:

—Faltan cuarenta minutos para que el plazo se cumpla. ¿Alguna noticia del presidente Palmar?

—Me acaban de entregar la respuesta. Está en un sobre cerrado, en la cabina de mando —dijo Taylor.

—Pero tal vez el capitán Burton ya conozca la respuesta —dijo agriamente Jerome.

Bert le miró, al pasar por su lado para entrar en la nave. Dijo:

—Es posible. Sí tenemos la respuesta, nada nos queda que hacer aquí.

Partiremos en seguida.

Cuando la nave de desembarco se elevaba hacia el espacio, Lia, Den Palmar y Um-Lat presenciaron la partida.

—¿Confías en que el capitán Burton consiga algo, Dama Lia? —inquirió el presidente.

Ella movió la cabeza negativamente, con acusado pesar.

—Me temo que no, presidente.

—No es de mi incumbencia, pero has tardado demasiado tiempo.

—Si. Me ha servido para conocer profundamente al capitán. Um-Lat no se equivocó en nada. Me temo que a Bert le han tendido una trampa para deshacerse completamente de él. Pero, aunque lo sospecha, su código del honor le impide quedarse entre nosotros. Temo por él, porque va a enfrentarse contra su jefe. Y Horn es eso precisamente lo que está esperando.

—Ese hombre ha sufrido mucho, Dama Lia. Ahora no puedo leer tus pensamientos —dijo Um-Lat secamente, como solían expresarse los miembros de su raza—, porque estás a la defensiva. Dime, ¿le dijiste que no debían atacarnos?

—Se lo insinué.

—¿Es que también le confiaste cómo pensamos defendernos?

—No, eso no. No tenía el consentimiento de ustedes. ¿Acaso debí hacerlo, sin consultarles?

Palmar entornó los ojos pensativamente.

—No lo sé. A veces, es imposible saber exactamente lo que es más conveniente hacer. Ni siquiera Um-Lat puede predecir el futuro. Es más, yo temo por nuestro futuro. Tampoco existe una completa seguridad en la victoria. Y aunque venciéramos, ¿acaso evitaríamos que más naves del Orden lleguen el día de mañana?

Lia no supo qué responder. Siguió mirando hacia el cielo. Ya no se veía la nave. Arriba, invisible por la distancia, estaba la gigantesca esfera, esperando a Bert.

* * *

Horn tomó el documento que Burton le tendia. El comandante le había hecho pasar solo a su despacho, dejando a los otros dos capitanes en la antesala.

Ceñudamente, Horn preguntó, mientras rompía los sellos del documento y empezaba a leer:

—¿Algo que añadir, capitán?

—Nada que usted ignore, señor.

—¿Qué quiere decir con eso?

—El capitán Jerome me ha evitado el trabajo de darle un extenso informe verbal, señor.

Horn no contestó hasta terminar de leer el mensaje.

Entonces levantó la mirada lentamente. Su rostro estaba crispado, pero hacía notables esfuerzos por mantenerse sereno.

—Seguramente, usted sabe la respuesta.

—No me la dijeron, señor. Pero, efectivamente, creo que se niegan a rendirse porque alegan que no son culpables de la destrucción de la colonia impuesta por el Orden en Kanta.

—Sí, así es. Esos idiotas no saben lo que hacen.

—Tal vez sí lo sepan.

—¿Otra vez con sus jeroglíficos? Explíquese.

—Los suralitas están confiados, señor. Toda la población del planeta sabe que nosotros les hemos dado un plazo para aceptar el ultimátum. No nos temen, y están dispuestos a enfrentarse a nuestras naves y armas.

Horn estrujó el documento.

—Esto es basura, capitán, de la misma clase que usted.

Por todo cuanto ha hecho, voy a enviarle ante un consejo de guerra.

Sí, gracias al capitán Jerome, sé todo lo que ha pasado allá abajo. Por sus trabajos de investigación, sé que los suralitas no cuentan con posibilidades de haber podido construir una flota poderosa ni unas defensas complejas en su planeta, con las que defenderse de un ataque exterior. Sus hermosas y atrayentes ciudades están construidas con materiales ligeros. Apenas tienen metales sólidos. Todo es aluminio, silicio. ¡Basura! ¿Qué pueden oponernos? —sonrió—. Con usted les bastó una mujer para distraerle. ¿Acaso le drogó, capitán? Es bien poco lo que hace falta para idiotizarlo. Nada más que una ramera...

—¡Cállese! Deberá estremecerse hasta lo más íntimo de su ser cuando sepa que esa mujer es la única superviviente de las personas que vivían en Tenside.

—No ha olvidado Tenside, capitán —sonrió burlonamente Horn—. Es usted obstinado. Se ha perdido, por ese cochino planeta. Toda su carrera arruinada por una gente que no conoció.

—Aún puedo enviarle a la cámara desintegradora, comandante.

—No sea ingenuo. No volverá con vida a la Tierra.

Estamos en guerra, capitán. Y cuando se está en esta situación, el comandante de una nave del Orden puede sentenciar y ejecutar a un rebelde. Además, aunque hubiera regresado a la Tierra, habría obtenido el mismo resultado que hace dos años. ¿Es que se figura que actúo solo? Recibe órdenes de mis superiores, de los verdaderos mandos de la organización, los que rigen el Alto Mando.

Burton le miró largamente. Horn parecía sentir una infinita complacencia en escupirle en la cara lo que estaba diciendo.

—Algo de eso sospechaba. La Dama Lia me lo contó todo. Ustedes obligaron a nativos de Tenside a colonizar, en contra de su voluntad, Kanta. Los obligaron a subir en las naves. Lia era una dirigente en su país, en Tenside, planeta que no gozaba de la simpatía de algunos mandos porque se negaba a integrarse. Aquella oposición significó su sentencia de muerte, sobre todo cuando en Tenside descubrieron lo que ustedes pensaban hacer con las personas obligadas a disimular una colonización en Kanta. Entonces usted recibió la orden de destruir Tenside. Sólo escapó Lia, que pudo obtener una nave estelar, a escondidas de ustedes, y trasladarse a Sural, en donde explicó a los humanos y seres de piel neutra lo que el Orden pretendía hacer con la colonia en Kanta.

—Es cierto —asintió Horn—. Hace cien años los románticos miembros

del Orden llegaron a Droban III y sugirieron amablemente a sus habitantes que se unieran al Orden. Humanos y humanoides se negaron. Los terrestres se marcharon, obedeciendo su rígido código. Pero los tiempos cambiaron, capitán. Por suerte para nuestro destino, hombres más prácticos ocuparon los altos cargos. Cuando se revisó el caso de Droban, se llegó a la decisión de que no podíamos consentir que un planeta que se halla a mitad de nuestra ruta de expansión, siguiera siendo independiente. Además, era un planeta olvidado; que habla alcanza un gran desarrollo sin nuestra ayuda. No podíamos consentir que se supiera en la Galaxia. El mal ejemplo cundiría. Creo que los de Tenside ya sabían algo, y quisieron imitarles. Les obligamos a colonizar Kanta. Al principio, les dijimos que entablarían relaciones con otro mundo no perteneciente al Orden. Pero en seguida se dieron cuenta que eso nunca sucedería, porque no les dejamos naves para poner llegar allí, mientras que nuestros cruceros impedían que los suralitas se acercasen a Droban IV.

—Usaron a miles de personas para su provecho...

—Efectivamente. Todo lo tenemos que hacer perfectamente. La Galaxia entera nos observa. Tenemos que hacer pasar a los suralitas como depravados seres, demostrar que la convivencia de humanos con humanoides no produce buenas consecuencias, que en este caso los hombres se depravan. La combinación humanos-seres de piel neutra, de cara a la opinión de la Galaxia, tiene que aparecer como un resultado funesto. Así lo pensarán cuando sepan que Sural aniquiló una pacífica colonia humana, apenas nuestras naves de protección se marcharon. Incluso se alegrarán de que hayamos hecho justicia. Tenemos que cuidar la imagen que, durante tantos años, los bondadosos miembros del Orden desparramaron por la Galaxia. Ahora somos más prácticos, capitán, pero le aseguro que, en menos tiempo, alcanzaremos más gloria y poder que nuestros idiotas antepasados.

—Siempre sospeché que el Orden está corrompido.

—No me gusta esa palabra, capitán. Digamos que hemos comprendido a tiempo que no debemos perder un solo segundo. En distintos lugares de la Galaxia, núcleos de planetas se están haciendo cada vez más fuertes. Tenemos que apresurarnos a someterlos a la voluntad del Orden. Incluso existen mundos con razas no humanas que, si no lo impedimos, en breve nos harán sombra. O tal vez nos aniquilarán. Tenemos que adelantarnos. Adelantarnos siempre. El ser humano es el máximo representante de los inteligentes del Universo. Y eso hay que demostrarlo. Las subrazas deben ser consideradas como tal, y sólo dejarlas sobrevivir si se someten a nuestras leyes.

—¿A nuestras leyes? —rió ronca mente Burton—. Nuestras leyes, las que dictaron nuestros antepasados, eran justas.

—Pues las cambiaremos. Por el momento, tenemos que usar el engaño y las apariencias para seguir manteniendo el prestigio, pero cuando en la Tierra se acaben los seres que aún mantienen en pie el estandarte original del orden, no habrá necesidad de seguir aparentando lo que todo el mundo cree que somos.

—Así, en pocos años, ustedes, los nuevos amos del Orden, se habrán librado de dos mundos que les resultaban incómodos.

—Sí. Demostraremos que el planeta que se niegue a integrarse bajo nuestras leyes es un agresor en potencia, que tarde o temprano terminará realizando un acto de barbarie. También, que es imposible la convivencia entre humanos y monstruos.

—Los auténticos nativos de Sural no son monstruos —escupió Burton —. Cualquiera de ellos vale más que toda la calaña que usted representa.

—Es igual. Usted debió sorprenderse de las duras condiciones redactadas en el ultimátum, ¿no?

—Ahora no me extrañan. Estaban hechas para que los nativos no tuvieran otra alternativa que rechazarlas.

—Es usted inteligente, capitán. Lástima que haya empleado mal ese cerebro. ¿Sabía que estaba a punto de ser ascendido, y haberle confiado misiones de gran importancia? Pero se ofuscó, y cuando algún estúpido sacó a relucir lo de Tenside, usted y otros más quisieron enviarme a la cámara de la muerte. Idiotas. Yo tenía a mi favor a los verdaderos amos de la organización. Ellos se encargaron de silenciarlo todo, y anular a cada oficial integrante de la comisión. Cuando llegó la hora de culminar el plan, destruyendo a Droban III, pensamos que sería estupendo deshacemos de usted, al mismo tiempo. Por eso le sacamos de su confinamiento y le trajimos a esta UNEX. No nos equivocamos cuando pensamos que usted se labraría su propia ruina.

—Aún no lo ha logrado, comandante.

—¿Qué fuerza pueden oponerme esos desgraciados? Durante cinco siglos, sólo se han ocupado de perfeccionar su comunidad. Son un peligro para nuestros planes, capitán. La Galaxia no debe saber cómo viven, el nivel alcanzado sin nuestra ayuda. Deben desaparecer para

que no siembren la discordia.

—Me da náuseas, Horn. Pero recuerde que le he advertido que va a conducir a sus hombres a una matanza. Casi todos los soldados y oficiales que están a bordo ignoran todo lo que me ha dicho. Ellos aún confían en la nobleza del Orden Estelar…

—Sabe perfectamente que ninguno desobedecerá mis órdenes —le interrumpió el comandante—. Están bien adiestrados. Eso es lo bueno de nuestros planes, capitán; que sólo unos pocos sabemos lo que queremos conseguir. Los demás se limitan a obedecer, sin rechistar.

—Pero piensan, comandante. Ustedes, los dictadores, los asesinos, no pueden evitar que la gente piense, por mucho que hayan intentado lavarles el cerebro. ¿Cómo cree que reaccionará cada soldado y cada oficial, cuando usted dé la orden de destrucción total sobre este mundo que ningún mal ha hecho?

Horn se encogió de hombros.

—No me interesa. Es posible que alguno se sienta mal, pero en seguida pensará que se ha limitado a cumplir con su deber.

—No. Se equivoca. En cada acto de violencia al que usted les obligue seguirán pensando más profundamente hasta que se den cuenta que sus órdenes son criminales. Entonces estallará la rebelión. Una rebelión de toda la Galaxia. Contra el Orden, contra los asesinos que pretenden gobernarlo. Volverá a reinar el caos.

—Basta ya. Estoy perdiendo demasiado tiempo. Voy a permitirle vivir para que contemple lo que piensa que no puedo hacer porque esos desgraciados suralitas me lo van a impedir. Apenas haya acabado con este trabajo, le juzgaré y lanzaré al espacio, durante el camino de regreso. Y no confíe en poder contarle a nadie lo que hemos hablado, capitán. Será incomunicado en una celda especial.

Burton se levantó y retrocedió un paso. Por su mente pasó la idea de arrojarse contra aquella hiena y matarla. Pero Horn, como si leyese sus pensamientos, le estaba apuntando con una pequeña pero mortal pistola.

—No haga ninguna tontería. ¿Es que tiene prisa por morir? Antes, no se pierda el espectáculo de ver cómo muere un mundo. Le voy a decir lo que pienso hacer. Primero, enviaremos las naves en misión especial, con la orden de que destruyan las instalaciones militares que el capitán Jerome me ha informado que existen, aunque en realidad es

una pura invención. Las naves arrasarán algunas ciudades vulgares. Luego, alegando que el enemigo sigue sin acceder a una rendición honrosa, que evitaría más muertes, dispondría el bombardeo nuclear y total. ¿Le agrada el plan?

El comandante estaba dando la vuelta a su mesa de trabajo. Cuando Burton le tuvo a poco más de un metro, le escupió en la cara. Con el dorso de la mano, Horn se limpió el rostro, Sus ojos despedían chispas, y la mano que amartillaba el arma tembló.

—Debería destrozarle aquí mismo —súbitamente, cambió de tono y emitió una sonrisa—. Pero no deseo que mi despacho quede manchado con su sangre.

Tocó un llamador de encima de la mesa, y tres soldados de guardia entraron. El comandante se limitó a hacer un gesto, y Burton fue esposado con las argollas magnéticas. Le empujaron hacia la puerta. En la antesala, Taylor le miró pasar, delante suyo. No estaba. sorprendida. Su rostro reflejaba una gran consternación.

Antes de salir al pasillo, al volverse un poco, Burton vio al joven cadete Lester salir de la habitación adjunta al despacho del comandante, Estaba muy pálido, y vaciló al caminar. Por un momento, Burton pensó que iba a caer al suelo, pero le vio recuperarse y dirigirse apresuradamente a los lavabos.

Unas manos le empujaron fuera.

CAPÍTULO VIII

Burton recordaba insistentemente las palabras de Lia. Se preguntaba cómo la muchacha podía estar tan confiada. Ella, al igual que los demás suralitas que había visto, no parecían tener ninguna clase de temor, ante la amenaza que se cernía sobre ellos.

Todos estaban confiados en seguir adelante, en atajar el peligro.

A pesar de todo, Burton tenía que estar de acuerdo con las creencias de Horn. Los informes de Jerome habían sido exactos. Los nativos no podían disponer de suficientes armas para enfrentarse a la gran

potencia destructora de la UNEX. Apenas contaban con unas naves que ni siquiera eran estelares. Y ellos ya habían destruido, durante el primer encuentro, la que Lia no dudó en asegurar que era la más potente y moderna construida en sus parcos astilleros.

Burton levantó hasta la altura de sus ojos sus manos, sujetas por los delgados aros magnéticos. Parecían tan frágiles... Pero sabía que ninguna fuerza humana podía romperlos. La celda era pequeña, apenas dos metros por tres, con un diminuto lavabo y retrete escondidos, una cama y una silla atornillada al metálico suelo, La puerta, de grueso acero, tenía un visor de una sola dirección, por el que podía ser vigilado constantemente, sin que él nunca lo supiera.

Llevaba allí cerca de una hora. Se preguntó cuándo iba el comandante a ordenar el comienzo del ataque. Lógicamente, no debía tardar mucho. Horn tenía que estar impaciente por ver cómo destruía su segundo planeta. Aquélla era una verdadera marca. Horn tema que gozar de la plena confianza de sus superiores para encargarse de llevar a la práctica aquellas misiones.

Se volvió para mirar la puerta, cuando escuchó que ésta empezaba a moverse. Arrugó el ceño. Hacía tan poco tiempo que estaba allí, que no comprendía qué querían de él, tan pronto.

Cuando Lester entró en la celda, a Burton le costó unos instantes comprender lo que el joven estaba haciendo allí.

Lester portaba un arma, y seguía tan pálido como poco antes le viera en la antesala del despacho de Horn. Pero lo que sí había variado sustancialmente era la decisión en su mirada. Burton comprendió que había dejado de ser un muchacho para convertirse en un hombre, capaz de tomar sus propias decisiones.

—Estás loco —dijo quedamente Burton. Fue lo único que se le ocurrió, mientras veía cómo Lester le hacia separar las manos y, de un disparo, le libraba de las esposas, que al perder su magnetismo cayeron al suelo destrozadas—. Aún estás a tiempo de volver a tu puesto.

—No puede ser ya, capitán. —Y Lester, al empujar la puerta para que pudieran salir, mostró a Burton dos cadáveres en el suelo. Eran los centinelas. Cada uno tenía la cabeza destrozada.

—No lamento haberlo hecho. Cuando me acercaba, les oí comentar que el comandante, al fin, se había librado de usted.

Burton asintió.

—Es posible que sean hombres de su confianza. Debe haber más a bordo. ¿Qué demonios te propones haciendo esto, jovencito? ¿Es que quieres acompañarme, cuando sea lanzado al espacio?

—No, señor. Yo estaba junto al despacho del comandante y lo escuché todo.

—¿Cómo es posible?

—Un truco muy viejo, por medio del comunicador.

—Ahora comprendo por qué te desmayaste —dijo Burton amargamente—. Debió ser un golpe para ti comprender que no todo está limpio en el Orden Estelar. Todas tus convicciones se vinieron abajo, al comprobar que lo que tú creías era sólo un montón de basura que hiede.

—No, capitán. No es todo el Orden, sino un grupo de traidores que lo están pudriendo. No podemos consentir que se salgan con la suya. Nuestro deber es impedirlo. No podemos estar solos contra todos esos asesinos.

—Tienes razón. Me has dado una lección, Lester. En la Tierra, hay personas que nos ayudarán, cuando les contemos lo que pasa. Pero por ahora, no veo la forma de salir de todo esto. La Dama Lia me dijo que debía abandonar la nave, no estar en ella cuando el ataque se produzca.

—He hablado con sus amigos, capitán.

—¿Qué amigos? —preguntó Burton, temiendo que el chico se hubiera equivocado, al decidir cuáles podían ser de confianza.

—A los capitanes Taylor y Oklan, me refiero. Les conté todo lo que les escuché hablar a usted y al comandante. Nos esperan en los hangares, preparando una de las naves crucero para marcharnos.

Burton tragó saliva. Eran amigos de poco tiempo, pero le estaban demostrando que no todo en el Orden estaba corrompido.

—De acuerdo —dijo, agachándose para tomar una de las armas de los centinelas—. Ahora tenemos que intentar llegar hasta los hangares, sin ser descubiertos.

—Tenemos que darnos prisa. El ataque comenzará dentro de poco tiempo, y creo que el comandante tenía la intención de hacerle llevar

a una cabina cerrada al puente de mando, para que lo observara todo.

—Y en una cabina cerrada, ¿eh? Horn no quiere correr ningún riesgo, permitiéndome que yo grite a todos al crimen que piensa llevar a la práctica. Vamos, no hagamos esperar a nuestros amigos.

Echaron a correr por los desiertos corredores. Burton, mientras lo hacía, notaba un zumbido que parecía proceder de las profundas entrañas de la gigantesca nave. Lo supo identificar. Era el sonido característico de la unidad que se dispone a entrar en combate, utilizando todos sus efectivos. La coraza energética estaba siendo aprestada para entrar en actividad, en cualquier instante. Horn estaba disponiendo su nave, como si tuviera que enfrentarse a un enemigo de igual potencia de fuego que ellos.

Aquella situación de precombate les favorecía. Cuando se hallaba la UNEX en alerta roja, era raro ver técnicos o soldados por los pasillos. Todo el mundo debía estar en sus puestos. Seguramente, varios miles de infantes estarían en sus alojamientos, esperando la orden de correr hacia sus naves de desembarco. Burton dudó que aquello sucediera. Horn no pensaba invadir el planeta, sino destruirlo. Pero tenía que cuidar las apariencias. El comandante sólo daría la orden de destrucción por bombas nucleares cuando dijera a sus oficiales que había hecho todo cuanto estaba en su mano para impedir la solución definitiva.

Al doblar un recodo, se detuvieron. Delante de ellos había un grupo de vigilantes. Estaban armados, y los habían visto. Burton se mordió los labios. No quería causar ninguna muerte. Empero, amartilló con fuerza el arma.

—¡Es el prisionero! —gritó uno de los hombres—. El comandante nos despellejará vivos, si no lo devolvemos a su celda inmediatamente.

—Son gente de confianza de Horn —susurró Lester. Burton no necesitó más. Horn debía contar con personal adicto en la nave, que sabía cuáles eran sus verdaderos propósitos. Alzó la pistola, y disparó contra los vigilantes.

El corredor se llenó de estallidos secos, brillantes.

Dos hombres cayeron fulminados por las descargas del láser de Burton. Lester disparó un segundo después que el capitán, y alcanzó a otro. Los tres restantes dieron media vuelta, y se refugiaron en el primer recodo del pasillo. Desde allí sólo se atrevieron a sacar las pistolas y hacer varios disparos, sin apuntar.

Burton sabía que tenía que impedir que la alarma fuese dada. Se deslizó sobre el pulido suelo, cuando estaba llegando cerca de la esquina, se arrojó al suelo. Pasó como una exhalación delante de los tres sorprendidos hombres. Con otros tantos disparos, los puso fuera de combate. Se incorporó e hizo una indicación a Lester para que le siguiera.

—Debemos darnos prisa. Tal vez ése sea el relevo de los dos que me vigilaban o iban por mí para llevarme al puente de mando.

—Creo que sería para eso último, señor. Tomemos un pozo.

Cerca había uno, y se lanzaron al vacío. El sistema de antigravedad les frenó el impulso, y les fue bajando lentamente. Burton fue contando los números de las salidas por las que iban pasando. Cuando alcanzaron la que les conduciría hasta el hangar, se introdujeron en ella.

Lester indicó el camino y Burton asintió. Los capitanes habían elegido acertadamente una de las naves, que, pese a la alarma roja, permanecerían en reserva. Los otros cruceros estarían en aquellos instantes llenos con sus dotaciones, que esperarían la orden de partir.

La compuerta de acceso estaba cerrada. Aguardaron unos instantes. Sabían que, desde el otro lado, sus amigos les estarían observando. Cuando comprobaron que se trataba de ellos, les franquearon el paso.

Burton abrazó a Susan y a Oklan, emocionado. En seguida vio a más miembros de la nave que, formando un grupo, le observaban amistosamente. Eran tres tenientes, cuatro sargentos y ocho técnicos.

—Creí que estabais solos vosotros dos —dijo Burton. Susan sonrió.

—Están de nuestra parte.

—Lo supongo, pero no lo esperaba.

—Llevamos bastante tiempo soportando al comandante, Bert —suspiró la capitán—. Puede decirse que somos los únicos que sobrevivimos a la tripulación original, cuando Horm se hizo cargo de la UNEX 678. A todos los que le molestaban los fue echando. Nosotros disimulamos un poco mejor o aún confiábamos en habernos equivocado.

—Así es —añadió Oklan—. Desde el momento que llegaste, te estuvimos observando. Al principio, pensamos que podías ser uno de los oficiales de confianza de Horn, pero pronto nos dimos cuenta que

precisamente él te había traído para deshacerse de ti, a causa del fallido intento de llevarle ante un tribunal.

Burton les miró seriamente.

—Espero que sepáis lo que estáis haciendo.

—Claro que somos conscientes de nuestros actos —protestó Oklan—. ¿Es que supones que no llevamos tiempo planeando hacer algo semejante? Ya es hora de que los verdaderos miembros leales al Orden sepan lo que está pasando.

—Pues pienso que habéis elegido el peor momento.

—Es posible.

—¿Cuáles son vuestros planes?

—Bajaremos hasta el planeta, e intentaremos llevarnos algunos nativos voluntarios con nosotros a la Tierra. Necesitamos testigos que confirmen nuestras acusaciones —dijo Oklan. Su rostro se ensombreció—. Lamentablemente, no podemos hacer nada por impedir lo que está a punto de ocurrir.

Burton bajó la mirada.

—Sí, así lo creo yo también.

—Si nos damos un poco de prisa, tal vez podamos encontrar a la Dama Lia, Bert —sugirió Susan.

—Tienes razón —asintió Burton.

Se dirigieron a la nave que permanecía posada sobre los carriles impulsores, dispuesta para la partida. Los hombres fueron entrando y ocupando sus puestos. Burton, con Susan, Oklan, Lester y dos hombres más, ocuparon los sitios imprescindibles en el puente de mando. Con gran habilidad, Burton fue pulsando los mandos, disponiéndolo todo para partir. Cerró la compuerta, y dispuso la apertura de la salida.

—Estamos estupendamente armados, Bert —dijo Susan.

—¿Crees que tendremos que defendemos?

—Por supuesto. No podemos evitar que detecten nuestra huida, antes de alejamos mil kilómetros de la UNEX. Entonces, Horn dispondrá que seamos destruidos.

—En ese caso, aprovecharemos que estamos en una órbita demasiado pequeña, y trataremos de ocultamos en el planeta lo antes posible. La UNEX no puede maniobrar con mucha rapidez, tan cerca de un mundo.

—Aún quedan docenas de cruceros, dispuestos a seguirnos, los que, de un momento a otro, serán lanzados para iniciar el bombardeo.

Burton apretó los labios. Fue recibiendo, en el panel, todos los indicativos de que las distintas secciones del crucero se encontraban dispuestas. Aunque eran pocos los miembros que tripulaban aquella nave, resultaban suficientes para gobernarla. Todos eran veteranos, y conocían su oficio.

El crucero atronó en el interior del hangar, y salió disparado al espacio. En el puente sonaron suspiros de alivio. Hasta entonces, todos habían estado temiendo que su fuga ya hubiera sido descubierta, y Horn, dispuesto los elementos precisos para impedirles huir.

—Parece que esto marcha —dijo Susan, sonriendo aliviada.

Burton miró los indicadores. Estaban ya a más de mil kilómetros de la nave nodriza. Abajo, Sural les parecía estar aguardando, para brindarles su protección.

De pronto, la voz alterada de Lester les conmovió:

—¡Proyectiles dirigidos contra nosotros!

CAPÍTULO IX

Burton lanzó una imprecación, y encendió la pantalla de popa. Efectivamente, dos misiles volaban, mudos, hacia ellos. ¡Y apenas estaban a dos mil kilómetros de distancia! El condenado Horn, pensó, había actuado rápido. ¿Acaso estaba esperando de ellos algo semejante?

—Atención, sección de defensa —dijo Susan, por el tornavoz—. Lancen misiles interceptores con guías láser contra los objetos que nos envían nuestros amigos de la UNEX.

El crucero seguía acelerando, pero los misiles les ganaba terreno. Por la pantalla vieron cómo dos pequeños puntitos retrocedían para interceptar los misiles que les seguían.

Suspiraron, aliviados, cuando vieron dos explosiones.

—Nos hemos librado de ellos —rió Lester.

—Pero enviarán más.

Unos minutos más tarde, cuando el crucero seguía descendiendo hacia el planeta, entrando ya en su atmósfera, Lester anunció la presencia, a cinco mil kilómetros, de dos docenas de misiles.

—Aquí sección defensiva —anunció la voz de uno de los sargentos—. Si no cambiamos el rumbo, y ofrecemos la proa a esa jauría que nos han echado encima, apenas podremos poner en el espacio cinco unidades cada diez minutos. Y la colisión se producirá en menos de ocho.

Burton miró a sus colegas. Todos sabían lo que había querido decir el sargento. El crucero perdía casi el ochenta por ciento de sus medios defensivos, mientras era atacado por la popa. Pero para poder neutralizar los misiles enemigos, tenían que variar el rumbo, decelerar. Aquello supondría una pérdida considerable de tiempo. Si lo hacían, tenían muchas probabilidades de detener el ataque, pero al mismo tiempo darían tiempo a la UNEX a que les enviaran más misiles, e incluso algunos cruceros de su dotación.

—Estamos en una encrucijada —masculló Bert. Susan ordenó al sargento que lanzara los misiles que pudiera.

—Algún tiempo podemos ganar. Han sido tres andanadas las que nos envían, y están bastante separados los grupos.

—De todas formas, nos alcanzarán pronto, si no cambiamos de táctica —sentenció Oklan—. ¿Cómo es posible que Horn se haya dado cuenta tan pronto de nuestra huida? Nosotros anulamos las señales que debían indicarle, en el puente, que un crucero había abandonado la nave nodriza.

Burton recordó la patrulla que tuvo que poner fuera de combate. Tal vez, en el mismo tiempo que ellos estaban abandonando la UNEX, alguien descubrió los cadáveres, y lo comunicó a Horn. No cabía otra explicación.

Muy a su pesar, Burton tuvo que reducir velocidad.

Apenas se hallaban a unos diez mil metros de la superficie. En aquel instante detectaron cinco explosiones a sus espaldas. Pero aún quedaban diecinueve misiles más, que aunque también habían tenido que disminuir la marcha, les alcanzarían en poco más de veinte minutos.

En la atmósfera, un crucero era una nave veloz, pero realmente lenta, si se comparaba su maniobrabilidad con la que podía conseguir en el espacio.

Burton requirió del computador la posición respecto a la superficie. Obtuvo unos datos que debían alegrarle, si no fuera por los misiles que volaban tras ellos. Estaban a punto de pasar por la vertical de la capital de Sural. Pensó en Lia. Ella debía estar allí.

Oklan hizo girar su sillón. Estaba pálido, cuando dijo a Bert:

—Han partido todo los cruceros de la UNEX. Siguen nuestro mismo rumbo.

—¿Cuándo calculas que comenzarán a bombardear? —preguntó Burton lúgubremente.

—Antes de una hora. Previamente, deberán desplegarse en línea de ataque. Llegarán, en ese tiempo, a la ciudad sobre la cual nosotros volaremos dentro de unos minutos —emitió un ronquido extraño, y agregó—: Si te interesa, los misiles nos alcanzarán en la vertical de la urbe.

—Los suralitas van a tener un anticipado espectáculo de lo que les aguarda —dijo Burton.

Una luz, encima de ellos, empezó insistentemente a parpadear.

—Es la !inea prioritaria de la UNEX. Parece que Horn quiere comunicarse con nosotros —anunció Susan. De un manotazo, Burton movió una palanca. La pantalla lateral se encendió, y apareció el rostro divertido del comandante.

—Quiero enviarles mi último saludo a todos, antes que se vayan directamente al infierno.

—Saludaremos a su hermano Lucifer —rezongó Oklan.

—Ya sé quiénes han huido con Burton. No me ha sorprendido nada. Esperaba algo semejante, aunque no tan pronto. Únicamente lamentaré tener que destruir una nave tan magnífica como la que robaron. Es demasiado para que sirva de ataúd a unos traidores como ustedes.

—No pronuncie esa palabra. Suena extraña en su sucia boca —dijo Burton.

—¿Me permiten que esté con ustedes hasta el momento que los misiles les hagan saltar en pedazos?

Oklan, furioso, hizo un gesto de cortar la comunicación, pero Burton se lo impidió:

—¿Por qué no? —dijo. Súbitamente se le ocurrió decir—: Tal vez se lleve una desagradable sorpresa, y entonces, por nada del mundo me perdería el placer de ver su rostro contorsionarse.

—¿Qué esperan aún? ¿Acaso ayuda de esos desgraciados suralitas?

—Pudiera ser…

—Es verdad. Ahora recuerdo que Burton insistió en que olvidara atacar Sural porque iba a una derrota segura. —Horn rió estrepitosamente.

Iba a empezar a sobrevolar la ciudad, y los proyectiles que rugían tras ellos ya eran visibles en la pantalla de popa.

—Les quedan apenas diez segundos, señores.

Burton contuvo la respiración. En la sección defensiva no habían podido disponer de nuevos misiles. Pero hubiera sido inútil. Sólo podían lanzar cinco, insuficientes para atajar a todos. Con uno solo que les tocara había bastante.

Todos los ocupantes del puente, en el crucero, tenían la mirada fija en la pantalla, clavada en los siniestros proyectiles. Cuando parecía que la colisión iba a ser inminente, los misiles empezaron a estallar inofensivamente, uno detrás de otro.

Burton miró, perplejo, a sus compañeros. En seguida dirigió la mirada hacia el rostro pálido de Horn.

—Ustedes no han podido defenderse —dijo el comandante.



—Por supuesto que no.

—Entonces…

Sonriendo ampliamente, Burton dijo:

—Han debido ser nuestros amigos de Sural.

Envió una despreciativa sonrisa a Horn, y empezó a ocuparse de hacer descender la nave. Sabía que, cerca de la ciudad, había un campo de aterrizaje. Si los suralitas no se oponían, utilizaría aquel lugar.

—No se muestre tan entusiasmado, Burton —ladró Horn—. Dentro de poco, los cruceros empezarán a bombardear la ciudad. La primera será ésa, y luego, todas las demás de Sural, y contra esas naves, no podrán hacer nada.

Burton cerró la comunicación. Sabía que Horn tenía razón. Pero ahora sólo quería descender y buscar a Lia.

Ojalá sus compañeros pudieran convencer al presidente de que algunos suralitas lograrían salvarse si se marchaban con ellos, antes que los cruceros llegasen.

* * *

Los suralitas no se negaron a permitirles descender, sino que incluso les ayudaron a hacerlo. Habían establecido comunicación con ellos, y prestaron su colaboración, desde la superficie.

Apenas la nave se había detenido, cuando Burton estaba abriendo la compuerta. Llegó al exterior cuando aún la escalinata de metal no había terminado de salir del fuselaje. Desde arriba había visto correr hacia él una figura, que había aparecido de una de las instalaciones.

Era Lia.

Burton corrió hacia ella, y se abrazaron a mitad del camino.

Detrás de Lia llegaban Palmar y Um-Lat, quienes prudentemente se detuvieron a unos metros de la pareja.

—Lamento interrumpirles, capitán —sonrió Palmar—. Pero me temo

que nuestros minutos son preciosos. No olvide que una flota se acerca a nosotros.

—Tiene razón, presidente —Burton señaló la nave—: Vayan entrando en seguida. Podemos llevarnos unas cien personas. Lamento que no hayamos podido avisarles para que estuvieran preparados.

—¿Qué dice? —preguntó Um-Lat.

—Aún podemos escapar de este planeta. El UNEX y los cruceros estarán muy ocupados, durante los próximos minutos. Con esa nave, podemos escapar sin que nos intercepten, ahora. En menos de media hora, estaremos tan lejos de Sural que podremos sumergirnos por el hiperespacio. Entonces, estaremos a salvo.

—¿Quiere decir que su intención es llevarnos a la Tierra?

—Exactamente. Les necesito para desenmascarar a los asesinos que están convirtiendo al Orden Estelar en una organización dictatorial e imperialista.

Um-Lat se echó a reír.

—¿Cómo ha pensado que nosotros íbamos a marcharnos, dejando aquí a nuestros compatriotas?

—Sé que es duro para ustedes, pero resultaría estúpido que todos se quedaran aquí, esperando la muerte o algo peor.

—Nadie morirá, capitán —dijo Palmar. Tomó .a Burton por el brazo, e intentó conducirlo hasta las edificaciones del campo.

Burton se deshizo violentamente.

—No me supongan un cobarde. Si hubiera alguna posibilidad, yo haría que el crucero que tenemos se pusiera al lado de su flota para defender la ciudad. Pero ¿dónde están sus naves de guerra?

—No hay naves, capitán.

—Entonces deben salvarse los que puedan.

—Ninguno de nosotros nos marcharemos, Bert —dijo Lia—. Y te aconsejo que te quedes. También, tus compañeros. Estaréis más tranquilos y seguros a nuestro lado.

—Están todos locos —dijo Burton nerviosamente. Se volvió para mirar

hacia atrás, y vio que sus compañeros, impacientes, estaban saliendo de la nave.

—¿Has olvidado cómo fueron destruidos los proyectiles que os seguían?

—No, claro… ¿Es que fuisteis vosotros, realmente, los que los destruyeron? —al ver que Lia asentía, añadió—: Yo dije al comandante que así fue, intentando engañarle, pero creí que se debió a una deficiencia de los misiles.

—Nada de eso. Os estuvimos siguiendo, desde que abandonasteis la nave nodriza. Actuamos justo a tiempo, ¿no? ¿Me crees ahora? Dile a tus compañeros que vengan con nosotros.

—Estamos corriendo un gran riesgo, permaneciendo más tiempo aquí —le gritó Oklan, mientras llegaban corriendo.

—Nos quedamos —dijo Burton.

—¿Qué? ¡Estás chiflado! Dentro de poco, todo esto estará destruido y saturado de radiactividad.

—De ninguna manera, amigos. Me parece que estoy empezando a comprender.

—¿A comprender qué?

—Que la fuerza de esta gente no reside en las armas.

—Cada vez lo entiendo menos… —dijo Susan.

Lia la tomó del brazo.

—Vayamos al interior. Tenemos preparada una sala, desde la cual podremos seguir todos los acontecimientos.

Les costó bastante convencer a los demás tripulantes del crucero de que estarían seguros, si se quedaban. Terminaron obedeciendo cuando Oklan, enfadado, les gritó que podían marcharse sin ellos, que se quedaban porque confiaban en los suralitas, tanto humanos como humanoides.

Burton tomó a Lia por la cadera. Miró hacia el cielo.

Dijo:

—Confío que no tenga que arrepentirme de haberte hecho caso.

Por toda respuesta, ella rió.

—Ahora sabrás lo que antes no pude decirte, Bert —dijo Lia—. Ese secreto lo guardan, con mucho celo, los primeros habitantes de Sural. Los humanos, cuando llegaron y se integraron con ellos, fueron beneficiados de los poderes de los humanoides.

Estaban en una espaciosa sala, en el último piso del mayor de los edificios existentes en el campo de aterrizaje. Estaban sentados en sillas dispuestas delante de una gran pantalla de televisión. Um-Lat estaba a la derecha de ellos, situado ante un pequeño atril, lleno de botones de colores.

Burton estrechó la mano de Lía. Sus sospechas habían ido creciendo, pero ahora debía escuchar a Um-Lat, quien se encargaría de ampliarlas y confirmarlas.

—Señores —dijo Um-Lat, dirigiéndose expresamente al grupo de miembros del Orden—. Aún tenemos unos minutos, antes que el ataque se produzca. Por lo tanto, creo que puedo dar algunos detalles a nuestros nuevos amigos, quienes han arriesgado sus vidas, en un desesperado intento de evitar lo que ellos consideraban como inminente matanza de nuestro pueblo, de nuestro planeta Sural.

»Desde que nuestros actuales compatriotas humanos llegaron a éste mundo, han trascurrido cinco siglos. Si al principio recibimos con cierto recelo a aquellos colonos, procedentes de planetas dominados por el terror del viejo Imperio, pronto nos dimos cuenta que de la unión de ambos pueblos podía resultar algo muy positivo para todos. Los humanos traían una tecnología distinta a la nuestra, poseían una ciencia muy por encima de la nuestra. Nuestra fuerza hasta entonces había residido en los poderes paranormales, y la civilización que habíamos construido era sedentaria, contemplativa, porque nunca nos sentimos atraídos hacia la conquista de otros campos del saber. Pero los humanos estaban acostumbrados a otra forma de vida, llena de comodidades. Solicitaron nuestra ayuda porque Sural nunca dispuso de metales pesados, con los cuales poder desarrollar una industria básica.

»Con el saber de los humanos y nuestros poderes paranormales, creamos una civilización que satisfizo a todos. Nunca nos preocupamos de crear un ejército porque nos sabíamos fuertes. Los humanos contaban con vosotros, y viceversa. A la llegada de los

primeros miembros del Orden, nos negamos a integrarnos en su organización. Aquellos hombres aceptaron nuestra decisión y se marcharon. Pero años más tarde, volvieron y comprendimos que las altruistas ideas originales del Orden habían cambiado sustancialmente. Ahora no eran seres que ofrecían una desinteresada colaboración a los planetas olvidados y sumidos en la ignorancia, sino que se mostraban como conquistadores, ansiosos de ampliar su imperio.

»La presencia aquí de estos hombres y mujeres, que llegaron en la nave nodriza del Orden, nos devuelve la confianza, nos hace pensar de nuevo que no todos los miembros del Orden piensan como hemos temido. Ellos no quisieron colaborar con la presunta destrucción de Sural. Pero tampoco no creyeron, cuando afirmamos que no temíamos a las armas de sus naves. Por desgracia, el comandante Horn tampoco creyó en nuestros ruegos firmes para que se marcharan y nos dejaran en paz. Esos hombres, los que ahora pretenden destruirnos, no dudaron en deshacer dos mundos para así justificar nuestra aniquilación: Kanta y Tenside. Nuestra amiga, la Dama Lia, procede de este último planeta, y nos alertó de las intenciones del Orden.

»Por desgracia, no la creímos del todo y, cuando se presentaron, les enviamos una de nuestras naves carguero para entrar en contacto. La nave *Galac* fue destruida traidoramente. Lamentamos tener que proceder con violencia, pero no tenemos otra alternativa. Tenemos que defender nuestro mundo, todo cuanto hemos conseguido, con el esfuerzo mutuo de dos razas que se complementaron maravillosamente. Que nadie intente acusarnos de haber matado a los seres que ahora están a punto de enviarnos a la muerte. Somos inocentes. Algún día, la Galaxia entera conocerá la verdad.

Um-Lat apretó unos botones, y la pantalla mostró una panorámica de una sala de gigantescas proporciones. Parecía una especie de anfiteatro. Había miles de hombres y mujeres adultos, de raza de piel neutra. Todos estaban quietos, con las manos agarradas a los brazos del sillón. Miraban pequeñas pantallas, colocadas delante de ellos.

—Esa es nuestra fuerza —dijo Palmar, desde su lugar junto a los terrestres—. Mejor dicho, la fuerza que tenemos, gracias a nuestros hermanos de piel neutra.

—Paranormales —musitó Susan—. Miles de paranormales.

—Y sólo son los más potentes. Cada ser de piel neutra es un paranormal en potencia, desde su nacimiento. Pero para este ataque

sólo necesitaremos unos miles, y podemos disponer de todos los millones que conviven con nosotros en Sural.

—Hemos enviado un nuevo mensaje al comandante Horn, avisándole que todas sus fuerzas serán aniquiladas, si no desiste del ataque —dijo Um-Lat—. Ha sido inútil. Se ha reído de nosotros.

La escena cambió, y en su lugar apareció el cielo azul. Se movió vertiginosamente la imagen hasta centrarse en la flota que volaba a unos quince mil metros de la superficie, en dirección a la ciudad.

—No podemos esperar más —dijo Um-Lat, empezando a apretar botones.

La pantalla visara se dividió en dos. Una parte seguía mostrando el avance de los cruceros, mientras que la otra regresó al gran anfiteatro. Allí, el color de la luz pasó del amarillo al rojo. Todos los suralistas cerraron los ojos y se concentraron.

El efecto fue instantáneo.

Los cruceros empezaron a estallar. Lo iban haciendo a medida que parecían estrellarse contra una pared Invisible. Los que marchaban atrás en la formación, empezaron a frenar y consiguieron dar media vuelta cuando se percataron de que marchaban a una muerte segura.

Pero entonces otra barrero invisible surgió delante de ellos.

Y prosiguió la destrucción.

La acción defensiva apenas duró unos segundos.

CAPÍTULO X

Burton estaba aterrorizado.

Lentamente, se volvió para mirar a sus compañeros, y comprobó que él no era únicamente quien había palidecido.

—Aunque hubiera dicho a Horn que Sural posee millones de seres paranormales, capaces de detener un crucero de veinte mil toneladas,

con sólo el poder mental, no me habría creído —dijo Bert.

—Puedes estar seguro; tu conciencia puede permanecer tranquila. Esas muertes eran inevitables.

Las imágenes de la pantalla empezaron a distorsionarse. Incluso a Um-Lat aquello le pareció sorprendente.

Pero Burton supo encontrar la respuesta.

—Se trata de Horn. Desde la UNEX, está empleando el poder de las comunicaciones, por medio del láser, para imponerles una entrevista.

El presidente alzó la mano.

—Sea —dijo a Um-Lat.

El ser de piel neutra asintió, y corrigió la onda de la pantalla, permitiendo que, sobre ella, el rostro alterado de Horn les mirase.

Con voz seca, procedente de una garganta árida, el comandante dijo:

—Deseo preguntar a los gobernantes de Sural cuáles son sus condiciones para una rendición.

El silencio siguió a aquellas sorprendentes palabras.

Burton miró a Oklan, susurrándole:

—¿Qué le ha pasado? Aún puede huir.

—No lo sé. ¿Cómo iba a saberlo? Tal vez, a la vista de lo sucedido, tema que a él le pase lo mismo, si intenta salir de la órbita de la UNEX.

—Es posible.

Burton vio cómo el presidente se levantaba y, una vez al lado de su segundo en el mando, se ponía a cuchichear con él. El vicepresidente terminó asintiendo.

—En nombre del gobierno de Sural, comandante Horn, le permitimos tomar tierra en las pistas de aterrizaje de la capital; pero queremos advertirle que consentimos a ello porque queremos darle un mensaje para su gobierno. Nuestra intención no es crear problemas con ustedes, sino vivir en paz.

—De acuerdo. Quiero garantías de que no seré atacado.

—Las tiene —dijo Palmar, sorprendido, como si la sugerencia de Horn le hubiese ofendido profundamente.

—De acuerdo. Aterrizaré en unos quince minutos.

—Un momento —le dijo Palmar—. No queremos que ninguno de sus hombres descienda de la nave. Lo hará usted únicamente.

—Está bien.

—¡No está todo previsto! —gritó Burton, levantándose.

—¿Tiene algo que decir el capitán Burton? —preguntó, con indulgencia, el presidente.

—Sí. La nave, según calculo, aún dispone de un millar de misiles en su interior. Deben ustedes ordenar a Horn que lance esas armas al espacio, y las haga detonar a un millón de kilómetros, entes de descender.

—Es justo lo que dice —luego, volviéndose a la pantalla. Palmar manifestó al comandante—: Ya ha escuchado el consejo del capitán Burton, señor. Deshágase de las armas que le restan.

Los ojos furibundos de Horn parecieron buscar, ansiosos, la presencia de Burton. Dijo, silabeante:

—Bien. Lanzaré los misiles. No pensaba utilizarlos contra ustedes al acercarme, desde luego. El consejo de ese traidor sobraba.

Burton apretó los labios. Se quedó mirando cómo la faz de Horn desaparecía de la gran pantalla. Se volvió hacia Lia para decirle:

—Tengo que pensar constantemente que, algún día, mis compañeros del Orden comprenderán mi actitud, Lia. De otra forma, será horrible vivir siempre con esta incertidumbre.

—Olvida todo eso. El hombre tiene sus más grandes obligaciones con sus semejantes, no con las ideas de un grupo de ellos.

* * *

El descenso de la UNEX se había retrasado treinta minutos más de lo estipulado. Desde la superficie, no le dieron la orden de aterrizaje hasta que las mil explosiones no fueron detectadas en el espacio, a suficiente distancia para que los efectos de la hoguera nuclear fueran inofensivos en el planeta.

La gran masa brillante descendió estruendosamente en la mayor de las plataformas de aterrizaje. Burton no pudo reprimir un nudo en la garganta. Estaba viendo la humillación del gigante, la rendición de la orgullosa máquina de guerra a la que él, hasta hacía poco, había pertenecido. No recordó que nunca una Unidad Exploradora hubiera tenido que pasar por semejante trance.

—En la Tierra, forzosamente, recibirán la noticia de lo sucedido aquí, con estupor. Será tanta la conmoción que esta vez las ocultas fuerzas dictatoriales no podrán ocultar nada a la opinión pública —decía Burton. Oklan y Taylor le escuchaban en silencio, asintiendo de vez en cuando—. Nosotros debemos preceder tales noticias o estar en el Alto Mando, apenas lleguen. ¿Recordáis a la almirante Cooper? Esa mujer, aunque retirada del servicio activo, es aún un poderoso personaje en el Orden. Si ella nos cree, y confía en nosotros, tendremos muchas posibilidades de triunfar y limpiar el Orden de la corrupción.

Desde el ventanal, vieron bajar una diminuta figura por una de las salidas de la UNEX. Un suralita fue a su encuentro, y le indicó el camino que conducía al edificio donde estaban ellos.

—No comprendo cómo el comandante es capaz de soportar este trance —suspiró Taylor.

—¿Esperabas que se suicidara?

Palmar rogó a los terrestres que esperaran al comandante. Sonrió al añadir:

—Por supuesto, todo el planeta estará al tanto de lo que pase al instante, puesto que nuestros hermanos de piel neutra se encargarán de mantener informada a toda la población telepáticamente. Pero hemos pensado que no debemos hacer peor el mal momento que deberá pasar el comandante. Haciéndole creer que somos pocos, no se sentirá tan humillado.

Burton arrugó el ceño y, tomando a Lia del brazo, empezó a caminar detrás del presidente. Aquella gente le desconcertaba. A pesar que Horn había estado a punto de destruir todo el planeta, insistían en tener con él tales consideraciones. Se dijo que tal vez aquella inusitada

amabilidad se debía a sus armas mentales.

Mientras entraban en la estancia donde el suralita que había ido a recibir al comandante le había introducido, Burton pensó que debía ser muy difícil disponer de un poder tan grande y no caer en la tentación de hacer un uso masivo de él para obtener incalculables beneficios.

Horn les estaba esperando. Pese a su palidez y rigidez facial, Burton creyó descubrir en el pétreo rostro una ráfaga de suficiencia, como si aún dispusiera en, la manga de una jugada desconocida para sus enemigos, y que podía ser definitiva.

—Comandante Horn, hemos preferido que usted estuviera aquí presente para decirle que puede marcharse a su planeta, tan pronto lo desee. Por lo tanto, no debe constituirse en prisionero. Tan sólo le rogamos que transmita a su gobierno nuestro deseo de no volver a ser molestados. Lamentamos infinitamente que su flota haya tenido que ser destruida, pero recordará que, por medio del capitán Burton, le aconsejamos que desistiera de atacamos. Por supuesto, no podíamos extendernos en más explicaciones porque, obviamente usted no nos hubiera creído.

Horn aspiró profundamente y apretó los labios. Um-Lat se movió, inquieto, en su silla, diciendo roncamente:

—Este hombre se ha preparado para esta entrevista, Palmar.

—¿Qué quieres decir, Um-Lat?

—Está drogado. Se ha acondicionado el cerebro para que no podamos leer sus pensamientos, lo cual es prueba irrefutable que nos está ocultando algo. No he pretendido introducirme en su mente, desde luego; pero sus emanaciones son poderosas, conseguidas artificialmente, y las recibo sin necesidad de querer escrutarle.

Palmer dirigió su dedo índice, acusador, hacia Horn.

—¿Qué tiene que decir a esto, comandante?

Horn dibujó una grave sonrisa, y miró a todos los presentes, dedicando una mayor atención a los tres oficiales del Orden.

—¿Acaso creían que iba a presentarme de nuevo ante mis superiores para contarles esta derrota? —su gesto se endureció—: Por su culpa, nuestra causa sufrirá un considerable retraso. Los grandes planes del

Orden serán atajados, es cierto, pero volverán a surgir más adelante, cuando esta pequeña marejada se calme. Por lo tanto, sólo tenía una salida: conseguir que este planeta, si no es destruido como hubiera querido, quede con su atmósfera envenenada por siglos.

»He preparado la UNEX para que estalle en unos minutos —miró su reloj y corrigió—: Exactamente, cinco minutos. Cuando iba a salir abrí todos los conductos de la unidad energética y, en estos instantes, la radiactividad está desbordada. Todo el interior de la UNEX es un gigantesco depósito radiactivo. ¿Ustedes pensaron que con hacerme destruir los misiles iban a dejarme desarmado? No les ha bastado que el traidor Burton les haya prevenido. Yo había pensado otro medio, contra el cual no tienen nada que hacer. Diversas y poderosas explosiones nucleares se producirán y esparcirán por toda la superficie de Sural un vendaval radiactivo, que acabará con el más insignificante ser vivo.

Burton, rojo de ira, intentó dirigirse hacia el comandante. Oklan y dos suralitas le sujetaron.

—¿Y los diez mil hombres que quedan dentro?

—Lamentablemente, morirán; es decir, ya estarán muertos. Ellos nada sabían de mis intenciones. Cuando se den cuenta de que la radiactividad está acabando con ellos, será tarde —volvió a mirar su reloj y dijo—: quedan tres minutos, señores.

—Debo matarle con mis propias manos, comandante. Es usted un loco fanático —bramó Burton.

—¿Por qué tomarse esa molestia? Yo voy a morir, igual que todos ustedes. Pero, en mi holocausto, me llevaré todo un planeta. Mi récord nunca será igualado, ¿no creen?

Al intentar hacer un nuevo esfuerzo para liberarse de los hombres que le sujetaban, Burton observó a Palmar y a Um-Lat. Ambos estaban tranquilos. Se relajó, y comprobó que los otros suralitas también permanecían relajados. Los de piel neutra tenían los ojos entornados, y movían suavemente los labios, como si musitaran palabras que no estaban dirigidas a los humanos.

Burton se liberó de quienes le retenían con suavidad.

Se adelantó hacia Horn, sonriéndole:

—Lo siento. Me parece que ha vuelto a menospreciar a esta gente,



Horn.

—¿Qué dice ahora?

—Mire al exterior. Apenas quedan quince segundos.

Horn corrió hacia la gran ventana, apoyando las manos en el cristal.

—Los suralitas están tranquilos, confiados. ¿No se ha dado cuenta?

—Nadie puede detener la explosión. Son el equivalente a cien misiles, los que explotarán —gruñó Horn—. ¿Cómo se han olvidado de que todas las UNEX disponen de esa medida para evitar que caigan en poder de los enemigos?

—Nadie ha hablado de evitar la explosión —dijo lentamente Palmar.

Todos miraban la esfera posada a unos mil metros de la edificación. El sol daba detrás de ella, y Burton creyó percibir una especie de aura, que la rodeaba totalmente.

En aquel momento, se produjo la explosión. Fue un fuego brillante, que apenas los cristales filtrantes de las ventanas pudieron evitar que cegara momentáneamente a cuantos miraban. Pero aquel huracán de fuego no salió de la invisible esfera con que los suralitas habían rodeado la gran nave estelar.

Durante unos minutos, la ignición hizo eclosión en su encierro invisible, se giró sobre sí misma y fue perdiendo potencia, consumiéndose en un reducido espacio, silenciosa e inofensiva.

Trémulo, Horn dio la espalda a la ventana. El globo seguía consumiéndose, pero ahora más rápidamente. El escudo de fuerza mental creado alrededor de la nave impedía que el oxígeno penetrase, alimentando la hoguera atómica.

—No, comandante. No hay peligro de que la más mínima partícula radiactiva pueda traspasar esa barrera —dijo Um-Lat—. Ahora, algunos miles de compatriotas se encargarán de llevar bien lejos de aquí esa esfera radiactiva. Cuando la sitúen a unos millones de kilómetros, en el espacio, dejarán de rodearla con el escudo.

—Todo ha sido inútil —jadeó Horn.

—Así es. Ha sacrificado miles de hombres para nada.

Creo que deberá responder, antes los suyos, de sus actos —sentenció

Palmar.

Horn lanzó un estentóreo grito, y saltó sobre Lia.

Su intención de tomarla como rehén quedó frustrada rápidamente. Aún no la había tocado cuando pareció chocar contra un muro invisible. Emitió un sonido ronco, y cayó, desplomado, al suelo.

Lester corrió a arrodillarse a su lado. Después de tomarle el pulso, dijo, lívido:

—Está muerto. Parece un ataque al corazón...

Um-Lat tenía unas pequeñas perlas de sudor en su blanca frente. Asintió y dio media vuelta para salir de la estancia. Dijo:

—Es posible.

Lia, estrechada a Burton, dijo, nerviosa:

—Durante unos días, Um-Lat se sentirá muy mal. No querrá ver a nadie. A ningún ser de piel neutra le agrada provocar la muerte de un ser viviente, aunque sea un tipo como Horn.

Burton la abrazó. Observó cómo Um-Lat se retiraba.

No sabía si sentir miedo o admiración por aquellos seres, que administraban sus enormes poderes como la cosa más natural del mundo.

* * *

Oklan había estado fuera de Sural, varias semanas. Cuando regresó, quiso ver primero a Burton, antes de entrevistarse con el gobierno del planeta.

—Me acerqué hasta los planetas fronterizos, Bert —dijo—. He captado noticias, procedentes de la Tierra.

Allí, las cosas se han normalizado un poco. Al parecer, el grupo que intentaban implantar un sistema de terror en el Orden se han retirado a sus madrigueras. Pero no nos confiemos. Tarde o temprano, volverán a la carga. Por el momento, nadie sabe nada de los planetas

de Droban. Es más, creo que toda esta vasta operación la estaban manteniendo en secreto. Se han limitado a borrar de los registros los datos de Droban. Así de sencillo. ¿Sigues insistiendo en volver a la Tierra y comenzar una lucha por desenmascarar a los culpables?

Burton dejó que Lía le tomase la mano.

—No sé —dijo, moviendo la cabeza pensativamente—. Creo que debemos esperar acontecimientos. Para todos, nosotros hemos desaparecido y… ¿No te parece maravilloso que nos quedásemos en este mundo?

FIN